

Rómulo F. Rossi

001

HOMBRES
Y
ANECDOTAS

MONTEVIDEO
Peña Hnos. — Imp.
1928

Romulo F. Rossi

**HOMBRES
Y
ANECDOTAS**



MONTEVIDEO
Peña Hnos. — Imp.
1928

OBRAS DEL MISMO AUTOR

RECUERDOS Y CRÓNICAS DE ANTAÑO. — Tres tomos.

EPISODIOS HISTORICOS. — Cruzada Libertadora. —

Bombardeo y Toma de Paysandú.

DE LOS TIEMPOS HERÓICOS.

EPISODIOS TROYANOS. — (En los días de la Guerra Grande).

SANTOS Y SU EPOCA.

HOMBRES Y ANECDOTAS.

EN PREPARACION:

RECUERDOS Y CRÓNICAS DE ANTAÑO. — 4.º Tomo.

DE VIEJO CUÑO.

¡HABIA SIDO AGUANTADOR EL RUBIO!!!

El coronel don Paulino Amaro que llegó a ser uno de los hombres de mayor confianza del general don Máximo Tajes, fué en sus mocedades, gaucho temible por su valor.

Con calzoncillo cribao, bota de potro, nazarenas, chiripá y la vincha para impedir que su larga melena se le fuera a los ojos, don Paulino « sentaba el garrón donde cuadrara ».

Ávido de renombre y siendo un adolescente casi, recorría la campaña del Departamento de Treinta y Tres, cuando acertó en llegar cierto día a una pulpería en donde se encontró con un grupo de gauchos que rodeaban respetuosos a un negro muy mentado por su carácter pendenciero, conocido por el apellido o apodo de Mongoy.

Por entonces era costumbre preparar camorra a un forastero que llegara a un negocio campesino, en la forma que se hizo con Amaro.

— Güenas tardes paisanos.....

— Güenas... ¿ Tá de viaje ?

— Ansina es.....

— ¡ Sírvase de una copa ! terció con altanería Mongoy.

— Gracias no tomo...

— ¡Que nu ha de tomar.....!

— He dicho que no tomo.....

— Entonce ¡pague!

— Tampoco pago. Ni l'uno ni l'otro.

— Entonce, — repitió el provocador, — **sabr**á **pe**liar.....

— ¡Eso si, se hacer! ¡vé?

— ¡Vamo pa juera?

— Vamo.....!!

Y allí, frente a la reja del boliche, los gauchos espectadores armaron rueda a los contendientes que habían sacado a relucir ya, sus largos facones.

— ¡Vos no me gambetearás? preguntó con sorna el moreno.

— Eso se deja pa los maulas como vos!!

— Tá bien, aparcero. Entonces vamo a asegurar no los dos. No hay que enojarse por tan poca cosa...!

Y dirigiéndose al dueño del negocio, gritó:

— ¡Pulpero! ¡Traigame un pañuelo grande de bordato, que sea juerte!!

Entregado el pañuelo, Mongoy indicó a su contrario que se pusiera bien enfrente, y adelantara la piedad derecha hasta juntarla con la suya del mismo lugar.

— ¡Vamo a atarnos, pa coserno mejor a puñalada.....!

Terminada la operación y después de mirar fijamente a Paulino que estaba realmente hermoso con su cabello de largas guedejas rubias y con la mirada azul de sus ojos vivaces, le preguntó:

— ¡ Empezamo ?

— No; esperá un poco, tizón

¡ Pulpero !!, gritó a su vez.

Traigame un pañuelo más grande y más fuerte que el que trajo a éste, que el gasto se lo voy a pagar yo, antes de que comencée la junción.

Y cuando trajeron el pañuelo, el negro preguntó asombrado

— ¡ Güe ! ¡ Pa que este otro ?

— Pa asegurarte mejor. El tuyo dió pa una güelta nomás. A este le voy a dar dos y mejor añudado que el otro, pa que no zafe.

El moreno Mongoy vió que « se había topado esta vez con el horcón del medio »; y extendiendo la mano hacia Amaro, le dijo.

— Quiero ser tu amigo, porque sos guapo; a la vez que desatando el pañuelo y dirigiéndose a los contertulios que no salían de su asombro ante tamañaza aflojada, agregó con cierto dejo de amargura que en vano quiso disimular.

— ¡ Había sido aguantador el rubio !!

.
En el cielo gaucho de la campaña de Treinta y Tres, se inició desde ese momento el eclipse de la fama de bravo de un gaucho negro; mientras que al Sur, refulgía el brillo de un nuevo astro del facón, en la persona del rubio Paulino Amaro, que con el correr de los años habría de ser valeroso jefe de caballería.

GERVASIO BURGUEÑO

— Uno, dos, tres, cuatro y cinco. ¡Salga Ud. de la fila !

Así repetía una y otra vez el encargado de « quintar » a los prisioneros cuando iba contando hasta cinco, para iniciar incontinentemente la fatídica operación aritmética con el siguiente hombre de la fila.

La « quinta », era pues, la selección matemática, fría, fatal, que en un número ciego daba a la Muerte una víctima más.

En el epílogo de la revolución de César Díaz, oficiales y soldados fueron « quintados »; y al que le tocaba la cifra, era ejecutado de inmediato, ya por el fusilamiento, ya por el degüello.

Los jefes merecieron los honores de los cuatro tiros.

En la primera formación — una fila doble, dentro de la cual figuraba elemento selecto y varonil de oficialidad — esperaba silenciosa al borde de un bosque aborígen, el espigamiento selectivo de vidas con que iba a iniciarse el Calvario de una marcha hacia la Capital, — triste peregrinación — que dejaría en pos de sí, regueros de sangre.

El capitán de caballería don Pedro Zas, — nos lo ha referido el comandante centenario don Bernabé Valdenegro — actor en la luctuosa jornada — integraba, jinete en buen pingo la segunda fila de pri-

sioneros; — y compadecido del cansancio de un pardo soldado suyo de nombre Regino Méndez, llamándolo, le dijo:

— Montá en ancas, Méndez.

— Muchas gracias, mi capitán. Me encuentro bien.

— No seas tonto. Arrímate, y montá en ancas, que estás muy cansado.

Y momentos después — Méndez — un pardito muy gritón, proseguía diciéndonos el comandante Valdenegro — encontraba alivio a sus piernas transidas, horcajándose en las ancas del caballo de su capitán.

Ninguno de los prisioneros sabía todavía a ciencia cierta la suerte que le esperaba, — y mucho menos sospechaba que la vida se le iría en el azar de las « quintas ».

El abnegado comandante don Gervasio Burgueño, que llegó a comprometer su seguridad por salvar vidas adversarias, inquieto sobre su caballo y conocedor del drama que se iniciaría poco después, atropellando violentamente a la primera fila de infantes prisioneros que se abrieron a su empuje avasallador, demostrando una furia que estaba muy lejos de sentir, dió con los encuentros de su caballo sobre el cual era un centauro, contra el que montaban Zas y Méndez, y que ocupaba el quinto lugar de la segunda fila.

Ante agresión tan injustificada, el capitán colorado, ciego de ira, se tiró al suelo e impulsivamente echó manos al lugar en donde horas antes tuviera las armas que le había secuestrado el vencedor.

Y un nuevo pëchazo de Burgueño lo hizo tastabillar.

— ¡A los hombres se les mata y no se les ultraja, pedazo de canalla !! — rugió Zas.

— ¡Saquen a ese insolente de la fila, ordenó autoritariamente a uno de los soldados el comandante Burgueño, a la vez que agregaba amenazante.

— ¡Yo lo voy a enseñar a Ud. que respete !!

Así las cosas, el oficial colorado creyendo llegado su último momento, se despojó de las joyas que llevaba, las que dió a un compañero de infortunio con la recomendación de que las entregara a su esposa. Y con tres capitanes más, fué retirado de las filas.

Instantes después se iniciaba la « quinta » en la doble hilera de prisioneros, quedando en lugar de Zas, a quien tocaba el número cinco — ya contado anteriormente por el generoso Burgueño — el pardo Méndez.

Aunque la fatídica operación se efectuó infinidad de veces durante las marchas — la acción benéfica y protectora del bravo jefe blanco tuteló las vidas de los cuatro capitanes prisioneros como así también las de otros compañeros de infortunio.

En esa obra misericordiosa, de verdadera humanidad, el más tarde general Gervasio Burgueño, amparó todas las vidas revolucionarias que estuvieron al alcance de sus loables esfuerzos, haciendo así efectivos los privilegios de sus prestigios, a los cuales exigió el esfuerzo máximo, en beneficio de los prisioneros.

Su bondad vigilante, rondó en todos los momentos a los cautivos; y en las oportunidades que hurtó a la Muerte, — ¡ bendito robo ! — un sentenciado, allí puso con todo su corazón, con todos sus prestigios y con todo su valor, los ardides de su ingenio criollo, para mostrarse hermano.

Guapo y caballeresco — cualidades que fueron sus principales características, — don Gervasio Burguenio, cuya memoria espera aún un acto recordatorio que haga justicia a sus muchos merecimientos, — fué en Quinteros, un escudo inesperado que se interpuso entre el plomo o acero criminal y el pecho de las víctimas elegidas.....

CONDECORACIONES HONROSAS

El coronel Luis Viera fué cuando oficial, ayudante del « Bayardo Oriental » don Francisco Tajés; — y en su ancianidad tranquila, nadie que no lo conociera, podría sospechar en él, a aquel bravo león de las batallas.

Parco en el hablar, las cicatrices que tatuaban su cuerpo, decían elocuentemente con sus trazos y sus deformaciones, del valor legendario del noble militar.

Después de Sandes, nadie, ningún otro militar, podría ostentar tantas condecoraciones de esas que se adhieren al cuerpo para toda la vida a punta de lanza, de sable o del plomo de las balas.

Y al igual de Sandes, se hizo retratar también con el torso desnudo para legar a la posteridad su retrato, — indiscutida documentación gráfica del montón de hazañas que auroleaban su simpática personalidad.

El pecho del coronel Viera era una constelación de esas condecoraciones, destacándose entre ellas las más sublime por su tamaño y por su procedencia, la que trazara furiosamente un feroz lanzaso que le había deshecho el esternón.

En cada palmo de la piel del torso, habían escrito las guerras fratricidas con caracteres indelebles, una epopeya.

La lanza, los recortados del trabuco naranjero, la bala de la tercerola, el puñal del soldado ciudadano en los entreveros cuerpo a cuerpo, el sable del milico de caballería y la penetrante bayoneta del infante, escribieron sus párrafos de gloria en aquel pergamino viviente.

Prisionero en el Paso de Quinteros cúpole también a él, la penosa odisea de la marcha angustiosa, en cuyos altos se reiniciaba la « quinta », como si se quisiera librar con ella a la columna, de un incómodo peso

Cierta noche que descansaban sobre sus recados los prisioneros y soldados, de la aplastante jornada,

sintió el entonces capitán Viera que de su lado sacaban para suprimirlo a puñaladas, al último revolucionario italiano que sobrevivía en la columna prisionera — y también capitán; — quién, hasta entonces, había podido ir escapando, ocultando la nacionalidad, gracias a su actitud silenciosa.

Una palabra suya mal pronunciada lo vendió.

Cuando Viera que, como todos los demás prisioneros dormía por las fuerzas de las circunstancias con un ojo cerrado y el otro abierto se dió cuenta de que a su infortunado compañero lo llevaban al sacrificio, — incorporándose a medias y sigilosamente sobre su lecho gaucho, dijo a Zas que descansaba a su vera:

— ¡ Compadre . . . !!

— ¡ Vió ?

— ¡ Qué . . . ?

— ¡ Pobre italiano !

— Con nosotros no gastan pólvora. Nos matan a cuchillo . . .

— Para no hacer ruido, compadre

Y enseguida, con absoluta despreocupación de la Muerte que rondaba amenazante, y con la tranquilidad de que solo disfrutaban los guapos y los hombres de límpida conciencia, ambos prisioneros metieron las cabezas bajo los ponchos de verano que cubrían sus cuerpos para recobrar momentos después el sueño que les había interrumpido la trágica separación del compañero.

Y entre las sombras felinas de aquella repetida noche trágica, se sintió luego el agorero graznido de la lechuza, en su raudó volar sobre el campamento dormido...

¡NO ME MATES, MENSURA!!!

Durante toda la Guerra Grande el Cerro de Montevideo fué celosamente custodiado por la guarnición troyana; — y para guardarlo, eran enviados por vía marítima, destacamentos que se relevaban de tiempo en tiempo.

Cierto día de los de la Epopeya, el coronel don Francisco Tajés se encontraba con su ayudante y compañero de aventuras guerreras capitán don Pedro Zas al frente de una pequeña fuerza en la falda del Cerro, cuando fueron sorprendidos por los disparos que les hacía una columna oribista, con nutrido fuego de fusilería.

Los agresores tentaban así la acometividad impetuosa de aquellos dos militares adiestrados a fuerza de práctica, en los lances de la caballería.

— ¿Vamos a cargarlos a lanza y sable?, invitó el coronel Tajés.

— Vamos, coronel, — respondió su ayudante. En muy pocos instantes se organizó el escua-

drón para el ataque; y tras brevísima arenga, un soplo gaucha alborotó las crines de los caballos exitados por la nerviosidad de los ginetes, quienes como dinamizados por los gritos de combate de aquellos dos hombres aguerridos, atropellaron ciegamente al enemigo.

Sables y lanzas remolineaban ya sobre las cabezas, antes de penetrar en las carnes de los elegidos como víctimas.

¡ Que elegir... !! ¡ Los fierros penetraban en el primer montón humano que se les oponía... !!!

La impetuosidad de la gente de Tajés fué como una tormenta sangrienta. Relampagueaban al Sol los aceros de las lanzas de palometa y de media luna y de las afiladas hojas de los corbos de caballería; y por doquiera que uno dirigiera la vista, veía heridas que manaban sangre.

Y sobre la pedregosa tierra de la falda del Cerro, retumbaba el chocar de los cascos de la caballería en su loco correr.....

No fué chica la sorpresa de los agresores que no esperaban acometividad semejante; y de sus filas caían descabalgados los ginetes. Ello no obstante, se defendían los valientes, sabían morir, se inmolvaban al orgullo varonil, porque orientales al fin, eran de raza valerosa.

Ante la inutilidad de tanto sacrificio, los sitiadores sobrevivientes iniciaron la dispersión fugitiva, perseguidos y hostigados sin vacilaciones por los troyanos.

Al frente de los perseguidores, en primera línea, siempre en punta, — como vaqueanos del triunfo, iban Tajés y su ayudante Zas repartiendo mandobles a diestra y siniestra, a la vez que con gritos, estimulaban a sus soldados para que no desmayaran en la persecución.

— ¡Carguen, muchachos, que ya disparan esos flojos... !!!

Las lanzas de los dos jefes parecían alargarse hacia adelante como queriendo sacar la delantera a la cabeza de los caballos que montaban en desenfrenado correr, a la caza de enemigos. Y, paralelas, tendidas hacia la misma Meta, parecían dos rieles de la Muerte. La de Tajés ya iba cosquilleando la espalda de un enemigo que, cada vez, en el ansia de escapar, más y más se echaba sobre el cuello del caballo que debatía sus remos en el máximo de la carrera que le daban sus fuerzas.

Un segundo más, un envión más, y la media luna del Bayardo Oriental arrojaría por sobre la cabeza del bruto en plena fuga, el cuerpo de un hombre en sus últimos estertores.

La de Zas dejó de trazar la línea paralela para convertirse en convergente en la vertiginosidad de la persecución, como celosa y ansiosa a la vez de participar de aquella presa que quería exigir a la fatalidad de la tragedia.

Los extremos de ambas lanzas se tocaban ya sobre la espalda del prófugo; y en el preciso momento en que los dos fierros, furiosos y con ansias de mor-

der se recogían con ímpetu para dar el golpe decisivo, el acosado ginete, volviendo la cara y perfilando el cuerpo para pedir elemencia sin amenguar el desenfrenado correr de su caballo, imploró:

— ¡ No me mates « Mensura » . . . !!!

¿ Qué pasó por el alma del jefe colorado al oír semejante pedido ?

Rápidamente, con una celeridad inverosímil, la lanza de Tajés desvió la de su ayudante Zas que iba a hundirse en la espalda del prófugo, a la vez que aquel gritaba:

— ¡ Rendite, que no te mato !!!

.

« Mensura » era el apodo infantil, el mote colegial con el cual, sus compañeros de juego de épocas más felices, llamaban a Tajés, debido sin duda alguna a la circunstancia de que el padre de ese jefe era agrimensor o se dedicaba por lo menos a la medición de terrenos.

Ante ese llamado afectivo, pronunciado en momentos en que el corazón no responde más que a un sentimiento atávico, a un ansia de venganza, Tajés volvió a ser el Tajés de los días de paz y sintió que quien lo llamaba así, como a un hermano, tenía que ser por fuerza, un compañero de la infancia; — y fué por ello, precisamente, que la súplica detuvo el golpe amenazante.

:

Reconocido el prisionero, resultó ser, en efecto, un camarada de los Tajés de los lejanos días en que

se sazonaban los afectos al calor de los bancos escolares; — y gozoso por el feliz hallazgo, feliz por haber vuelto a oír en momentos en que no se escuchaban más que blasfemias y frases llenas de odio y de venganza el apodo al cual había respondido en los momentos de juego e invocado tan oportunamente, Tajés entregó al prisionero a un grupo de sus soldados con la expresa recomendación de que se le respetara.

— Vuelvo enseguida, hermano, dijo al prisionero a la vez que tendía nuevamente a la carrera a su corcel para proseguir la persecución de las fuerzas de los del Cerrito.

.
Pasaron algunas horas y el Bayardo Oriental volvió a su campamento después de llevar la persecución hasta donde fué posible llevarla, ansioso de ver a su cautivo con el cual, refrescado ya el ardor de la pelea por la dulce cordialidad de los recuerdos de los días idos, pasaría uno de los mejores ratos de su vida.

— ¿ En donde está el prisionero que les entregué ?, preguntó a un grupo de sus soldados, sin desmontar del caballo.

Y un silencio profundo, de mal agüero, fué la respuesta.

— ¿ En donde está el prisionero que les entregué ? volvió a insistir con marcadas muestras de impaciencia.

— Lo mató el indio Manuel, contestó alguien.

— ¡Y en donde está ese miserable asesino?,
inquirió ansioso, mirando amenazante, trémulo de
coraje, hacia todos lados?

— Enseguida de matarlo, huyó.

— ¡Ah, bandido, canalla! Hay que tratar de
que no se escape!! ¡Pronto...!!! ¡A ver...!!!
!!! Salgan varias comisiones en su persecución!!

.
El corazón de Tajés templado a todos los sinsa-
bores, hondamente conmovido, hizo subir a sus
ojos lágrimas de dolor y de ternura al mismo tiempo
que su boca pronunciaba palabras iracundas contra
el prófugo asesino.

Y antes de dejarse ver por sus soldados en hondo
llanto como lo pudo haber hecho el «Mensura»
de los bancos del colegio, porque volvió a sentirse
niño, cerró piernas a su caballo alejándose del grupo
que formaban sus compañeros de armas, con el fin
de buscar en la soledad de su alojamiento, un poco
de tranquilidad para su cuerpo y para su espíritu
tan hondamente sacudidos en ese aciago día.

D I V I S A S

A un capitán Etchart — mozo bravo y muy co-
lorado, — le faltaba el brazo izquierdo.

En una de las últimas guerras, su divisa llevaba el siguiente lema:

« LO QUE QUEDA, PARA MI PARTIDO »

Un buen muchacho de San Jacinto, Nicolás Preyones, cuando la de 1904, lucía amplia divisa colorada con esta escéptica leyenda:

« NO CREO EN BRUJAS »

La acción de Fray Marcos lo sorprendió en la ciudad de Canelones; y al otro día, en el primer tren, cuando se iniciaba el éxodo de los colorados hacia la capital ante la posibilidad de que los blancos llegaran hasta allí — como ocurriera cuarenta y ocho horas después, — el amigo Preyones era de los de la partida.

No creía en brujas..... pero les esquivaba al bulto.

« AIRE LIBRE Y CARNE GORDA » era el lema que en amplia divisa blanca, lucía un revolucionario de 1904.

Todo un programa... para vivir de arriba.

VEINTE YARDAS. Pasaba el ejército revolucionario frente a un almacén de campaña en donde los sol-

dados ciudadanos se proveían de mercaderías y y vituallas.

Un revolucionario cuya divisa ya estaba incolora y asaz arrugada, — después de efectuar modesta compra de yerba y azúcar y reparando que sobre el mostrador se encontraba una pieza de madrás atada con una cinta azul, dijo al patrón:

— Diga, don..... ¿No me dá de «ñapa», ésta cinta pa divisa?

— Con mucho gusto. Pero es el caso que la cinta tiene un letrero en inglés que yo no entiendo.

— ¡Ah.....!! No l'hace...!! Tal vez sea pa mejor.....!!

— Muy bien amigo. Aquí tiene la cinta.

.

Y las huestes revolucionarias contaron con una nueva divisa.

« TWENTY YARDS »

Como en el ejército no habían traductores, el hombre recorrió la campaña, pueblos y ciudades, sin saber cual era el lema de su cinta, hasta que mister Boner, simpático inspector de tráfico del Ferro Carril Central le preguntó en su mal castellano.

— Digue amigue ¿Qué quiere dice veinte yardas?

— ¿Quién? ¿Yo?

— Yes

— Yo no digo nada.

— Su divisa dice.....

— ¡Ah!! ¿Dice eso?

— Yes.

— ¡ Macanudo . . . !!

Era tal la pasión, tal encono, tal el ansia de matar, que en las últimas guerras se veían divisas revolucionarias con la siguiente leyenda:

« JURO POR MI BIEN QUERIDO, NO DEJAR SALVAJE VIVO ».

O sinó esta otra, plagio de la anterior

« JURO POR MI BIEN AMADO NO DEJAR UN COLORADO ».

Fácilmente comprenderá el lector, que para llevar divisas tales, era indispensable que quien la ostentara estuviera dotado de cabeza de respetable circunsferencia.

Y hay quien afirma que, en algunos casos sobraba todavía paño en limpio.

Pero estos hombres nunca hicieron proezas

Como no la hizo tampoco otro colorado que ostentaba en su divisa este apóstrofe:

« ¡ BLANCOS SARNOSOS ! »

En cambio, tal vez haya hecho algo por la riña, un revolucionario del 97 que filosóficamente prevenía en su divisa al adversario.

« TREINTA AÑOS DE AUSENCIA. SALVAJES . . . ¡ TENGAN PACIENCIA ! »

En el Ejército del general Benavente durante la guerra de 1904, había un negro más alto que un rancho, que ostentaba orgulloso su divisa roja con la siguiente leyenda:

«NEGRO SERÉ. BLANCO EN LA P... VIDA», pero.... sin los puntos suspensivos.

Al final de cuentas, se trataba de un moreno que antes de ser «blanco» prefería continuar siendo negro.

¡Y que diablos, había que dejarlo que se hiciera el gusto.....!!!

UN APERO CODICIADO

El lujo criollo de nuestros hombres de campo y aún mismo entre los habitantes de la ciudad — ya que no contábamos con los cómodos medios de locomoción de que hoy disfrutamos,—era hasta sesenta años atrás, — el apero, — rebotante de oro y plata cuando se trataba de gente acomodada. Estancieros, rentistas, funcionarios, jefes, oficiales, y hasta el paisano humilde, empleaba sus ahorros en la adquisición de un lujoso apero.

Verdaderos orfebres tenían a su cargo la orificación de cabezadas, petrales y estribos de campana, a la vez que ampollaban como si lo hicieran con

burbujas de plata alternada con los pasadores labrados, — el cabestro y las riendas de cuero o de tientos primorosamente trabajados.

Pero, donde hacían derroche de buen gusto los artífices plateros, era en los grandes y campanudos estribos, primores que daban la impresión de verdaderos encajes metálicos, en los cuales destacaban los caprichosos dibujos e iniciales en oro correspondientes al nombre y apellido del propietario, sobre bruñida plata brasilera. Cuando se trataba de jefes, era corriente que el petral, en la parte que coincidía con el «encuentro» del animal, ostentara en plata el escudo nacional con la balanza, cerro, caballo y buey, en oro. En un corcel enjaezado así, el ayudante de don Francisco Tajés, capitán don Pedro Zas en su ir y venir en la batalla de Cagancha cuando la revolución de César Díaz, despertó la codicia de los adversarios, muchos de los cuales, — ni cortos ni perezosos, trataron varias veces de bolearle o matar el caballo que montaba, para «cargar» tan buena presa. El relumbramiento de tanta plata y oro, hacía quitar de debajo de los pobres y viejos cojinillos de cuero de carnero de los soldados adversarios en ambiciosos afanes, las boleadoras gauchas, con sus tres extremidades de anhelos homicidas, para volar cual pájaros siniestros tras los arneses fulgurantes del bravo oficial colorado. Ni bolas ni tiros de fusil pudieron alcanzar ni al jinete ni al caballo, amparados — parecía — por las invisibles alas de una hada protec-

tora. Y de Cagancha, las huestes revolucionarias se corrieron hacia el Paso de Quinteros, en donde el rico apero del capitán Zas habría de despertar nuevas ambiciones.

Salvada la vida del capitán Zas por la magnánima intervención del entonces comandante Burgueno, un oficial gubernista le dijo confidencialmente:

— Capitán; ese apero será la causa de su muerte.

— Yo no veo.....

— Es que, por apoderarse de él, hay quien piensa en asesinarlo a Ud.

— Pero... ¿es posible?

— Si señor; Fulano de Tal — agregó el oficial blanco — revelando entonces el nombre de una persona, que después y hasta la revolución de 1904, gozó de grandes prestigios como jefe, dentro del partido.

— Y bueno, si es el destino...

— Es que yo quiero y debo evitar ese asesinato y ese robo. ¡Sería una vergüenza...!

— ¿De qué manera?

— Entrégume todo su apero; y cuando Ud. llegue a su domicilio, lo encontrará tal cual lo haya recibido de sus manos. En cambio, yo le daré mis «pilchas de andar», — pobres y deterioradas, pero muy bien adquiridas.

Y desde ese día, durante la triste marcha hacia Montevideo, el prisionero Zas, que no conocía ni el nombre ni el apellido de su detentor, de quien creyó ser víctima de un despojo cortés, — porque

durante todo el trayecto no volvió a aproximársele, — miraba con nostalgia cuando se le presentaba la ocasión y a la distancia, a su querido recado.

Pero... ¡oh, fatalidad de las cosas !!

El humildísimo recado gaucho que le cambiara el oficial gubernista, había de despertar a su vez, la codicia peligrosa de un negro hercúleo que integraba la custodia de la carabana mutilada y prisionera que, en su peregrinación hacia la Capital, continuaba dejando de trecho en trecho con las fatídicas « quintas », lagunas de sangre generosa....

Las miradas de codicia del moreno que no escaparon a la sagacidad del capitán Zas, unidas a vigilancias excesivas y a reprimendas tan injustas como intempestivas que no tenían sin duda otra finalidad que la de provocar un gesto de protesta o de rebelión que justificara el asesinato, advirtieron al prisionero que debía proceder con toda sagacidad, si quería librarse del lanzaso que lo acechaba.

— Diga, soldado, le dijo amablemente y en momento oportuno.

— ¡ Qué quiere ? respondió el negro con altanería.

— Deseo hacerle un regalo para que conserve un recuerdo mío...

— ¡ Cuál regalo ?

— Este apero.

— ¡ Ya mesmo ?

— No; ahora no puede ser...

— ¡ Y cuándo, entonces ? respondió el moreno arrugando nuevamente el ceño.

— Cuando lleguemos a la Unión. Ud. se hará cuenta de que yo no voy a marchar en pelos.....

— ¡ Es razón...! — subrayó resignadamente el soldado, rascándose las motas con sus dedos de garras.

.
Desde aquel momento, el futuro poseedor de aquellas pilchas rancheras, se convirtió en el más eficaz guardián de la integridad del prisionero; y llegada la columna al término de su jornada en la Villa de La Unión, recibió jubiloso del capitán Zas, el prometido regalo.

Y no fué chica la sorpresa del oficial colorado, cuando al llegar a su casa, el oficial blanco, adelantándosele, había entregado ya el centelleante apero que con él, — su dueño, — habría de prevocar a la Muerte en sus correrías guerreras de Cagancha y en la triste condición de prisionero, cuando se escribió con sangre el epílogo de la tragedia del Paso de Quinteros.....

SUAREZ Y APARICIO

Cuando existía todavía el Fuerte de Gobierno en lo que es hoy Plaza Zabala y en donde se encontraban instaladas las oficinas de la Presidencia de la República, Ministerios, Tesorería y Contaduría.

de la Nación, etc., etc, era costumbre que los militares de alta graduación concurrieran a saludar una o dos veces por semana al Presidente de la República y al Ministro de Guerra y Marina.

Por la época a que nos vamos a referir, desempeñaba la primera magistratura del País, don Pedro Varela; y el Ministerio de Guerra y Marina, el coronel don Lorenzo Latorre, quienes eran visitados frecuentemente por los caudillos Timoteo Aparicio y José Gregorio Suárez, los mismos que, en original duelo a lanza y en presencia de las huestes que ambos acaudillaban, se batieron años antes en los campos del Pedernal, para dirimir de una vez por todas, la supremacía «de la mejor lanza», ya que el cetro de esa gloria lo repartían entre ambos.

Volvamos a la anécdota.

Suárez vestía en Montevideo, pantalón militar y chaquetilla con las presillas correspondientes a su alta graduación; — pero, en vez de cubrir su cabeza con el kepí de orden, lo hacía con una galera de felpa.

En cambio, don Timoteo Aparicio, hombre presumido, vestía siempre de paisano, cubriendo su cabeza con un gacho. El lujo del caudillo blanco, lo constituía una gran capa de paño negro con vueltas de seda de color celeste y un grueso bastón.

Tanto el uno como el otro, eran recibidos por la guardia militar que mataba sus ocios a ambos lados del portón de entrada del Fuerte, con los

honores correspondientes; y ni bien eran avistados, el cabo cuarto gritaba:

— ¡ A formar la guardia !!

Cuando era el general Aparicio quien llegaba primero, preguntaba al oficial de guardia que salía a cumplimentarlo.

— ¿ No ha venido Goyo Jeta ?

Si la respuesta era afirmativa, Aparicio seguía de largo; y si era negativa, hacía la visita al mandatario o al coronel Latorre.

Y cuando era el general Suárez quien se detuviera frente al oficial de guardia tocaba a él preguntar:

— ¿ No está ahí el mulato Aparicio ?

El vencedor del Sauce, ajustaba su conducta al dispaón que el vencedor del Pedernal.

Aquellos dos hombres, eternos rivales, fueron irreconciliables.

¡MULATO YO:....? ¡AY JUNA...!!

Producido el motín del 75, el general don Timoteo Aparicio se puso abiertamente de parte del dictador Latorre; e invitado el caudillo que se encontraba en Florida a que bajara a Montevideo, así lo hizo, siendo recibido con toda clase de agasa-

jos por la gente del nuevo gobierno y por muchos ases del blanquismo.

Después de una entrevista celebrada en el viejo Fuerte (hoy plaza Zabala) entre Latorre y Aparicio, al salir éste a la calle, fué recibido por un grupo de entusiastas motineros a los gritos de — ¡ Viva el general Aparicio !!

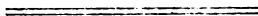
Entre aquellos, había una persona de « letra menuda » que queriendo destacarse en los vítores, lanzó a todo pulmón el de — ¡ Viva el Murat uruguayo !!

Don Timoteo Aparicio que no sabía de otra cosa que jugarse valientemente la vida en los combates y que aparte de analfabeto, era de color café con leche, pero con sus pretensiones de pureza de raza blanca, volviéndose airado hacia su admirador, rugió:

— ¡ Yo te viá dar mulato, cajetilla hijo de una gran !!

Y hubo que explicarle entonces quién era Murat, después de lo cual el caudillo exclamó con aire satisfecho.

— ¡ Ah !! Yo craiba que me había dicho otra cosa !!



L A S L E V A S

Vivíamos los días de la revolución de 1897, bajo el gobierno de don Juan Idiarte Borda.

Las «levas», especialmente en las horas de la noche, — funcionaban en las calles de Montevideo con todo rigor. Próximo civil que anduviera por la vía pública sin los correspondientes resguardos, ya fuera la papeleta de extranjero o una certificación de estar exento del servicio militar, — se veía detenido a cada rato por los cazadores de hombres, — grupos formados por dos o tres soldados.

Cierta noche que un pobre muchacho de 16 a 18 años, se aventuró allá por las Tres Cruces a alejarse más de lo conveniente del zagúan de su casa, fué atropellado por los componentes de una leva, que venía a resultar para la juventud, lo que es ahora la perrera municipal para los canes, — ni má ni menos

Receloso el joven al que se había cortado la retirada con el fin de que no pudiera retornar a su casa, echó a correr ante el peligro que lo amenazaba, a todo lo que daban sus piernas. ¡Qué digo !; Más que correr, volaba !; y sus perseguidores atrás, encarnizados en darle alcance.

¿ Era un « manate » el muchacho ?

No lo sabemos; pero si, recordamos perfectamente bien, la malquerencia que sentían los milicos de las levass hacia todos los « cajetillas ».

— ¡ Maricas ! ¡ — decían — ! ¡ De día se lo pasan en el zótano, o bajo las polleras de las mamás, para salir de noche como las cucarachas !!! ¡ Qué desgracias !

Y el pobre muchacho, jadeante, con la lengua afuera, seguía corriendo, corriendo, para no ser atrapado

De pronto, un almacén (si mal no recordamos « Del Velódromo Uruguayo », — 18 de Julio y Victoria) cuya puerta cerraba su propietario en ese momento, — diez de la noche — le brindó asilo.

— ¡ Déjeme entrar que me viene persiguiendo la leva !! ¡ Sálveme señor !

Y sin esperar respuesta, buscó su seguridad en la pestilente piecita del fondo, en donde se extendió sobre el siempre húmedo piso de portland, creyendo así y gracias a la incierta luz que había, disimular mejor el bulto de su personalidad corporea, a la visual de sus perseguidores.

Segundos después llegaban los milicos.

— Venimos en busca de « ese » que se metió aquí, dijeron al almacenero.

— Pero

— ¡ No hay peros que valgan !!!!!

¿ O que se cree Ud. que vá a servir de tapadera ?

Y sin esperar a mas nada, penetraron al local.

— Todos éstos, ché, — dijo uno de los soldados, — con el jabón que tienen, no atinan a otra cosa que a esconderse en la letrina.

— ¡ Vamo a embromarlo ?

— ¿ Vos lo querés llevar ?

— Y pa que... !!! ¿ Pa trabajo ?

— No; decía.....

— Güeno, vamo a buscarlo, entonce.

Y la pareja, en la semi oscuridad del patio, encaminó sus pasos hacia el W. C., cuya puerta permanecía abierta de par en par, dejando ver sobre el piso una mancha negra, inmovil.

Los milicos, tocándose con los codos en señal de inteligencia, se acercaron hasta detenerse junto al umbral de la puerta.

— ¿ No te dije que no estaba aquí ?, — dijo uno de ellos, conteniendo a duras penas la risa, próxima a estallar en sonora carcajada.

— Pero ché... Yo hubiera jurao que lo vide dentrar al almacén.....

— ¡ Si yo te decía que no..... !!!

— ¿ Y ahora que hacemos ?

— ¿ Vamo a miar ?

— Vamo.....

.....
Y uno primero y el otro después, rociaron el cuerpo del pobre joven que creyó sinceramente que su salvación la debía a la oscuridad que reinaba en el destartalado patio del almacén.



RITORNIAMO VINCITORI...

Cuando el desgraciado asunto de Volpi y Patrone, del cual nos hemos ocupado ya en otra obra, nos abocó a una reclamación diplomática que nos planteara el gobierno italiano, — las cosas llegaron a extremo tal, que la cañonera de aquel país « La Caracciolo », mandada por el comandante Amézaga y fondeada en nuestras aguas, se aprestara a bombardear la ciudad.

Sotto voce, — así nos dice un amable y desconocido colaborador, — se dijo en aquellos angustiosos días, que Amézaga habría cumplido sus propósitos, si el mas tarde almirante Cordero, — jefe entonces del monitor argentino « El Plata » de estación en la bahía, — no le hubiera mandado aviso de que, — al primer disparo que hiciera sobre la plaza, hundiría a la nave italiana.

Y sotto voce también se dijo, que el Presidente habría evitado los cañonazos porque, cuando el ministro italiano le expresó que de no accederse a su demanda haría bombardear a Montevideo, Santos le contestó que al sentirse el primer disparo, él, a su vez — daría orden en el sentido de que se matara a todo italiano que hubiera en el país, por cuanto si las balas de esa nacionalidad eran buenas para quitar la vida a personas que nada tenían que ver

en la incidencia, los uruguayos, por su parte, tendrían el derecho de ejercitar tal represalia.

Lo que es rigurosamente exacto — nos lo afirma así el colaborador, porque él lo ha visto,—es que en el «Museo Madama», de la ciudad de Génova, que funciona en la Vía Garibaldi, se exhibe en una vitrina la valiosa espada de honor que los connacionales de Amézaga le regalaron con motivo de aquella incidencia, — espada que lleva estampada en su hoja, la siguiente leyenda.

« Al valiente almirante Amézaga por su conducta heroica frente a Montevideo »

Cabe preguntar aquí, cuál fué la heroicidad que tuvo a su cargo en la emergencia que nos ocupa el entonces comandante Amézaga, para merecer los honores del regalo que pasa a la posteridad por la amable hospitalidad que le brinda un museo público y por un acto que, en ningún momento alcanzó la altura bélica a que pretendió elevarlo la patriotería fantasía de los generosos donantes del obsequio.

Bien es verdad que, como en Génova nadie conoce como pasaron las cosas, — la espada tendrá allá a nuestra costa, aparte de su valor intrínseco, uno histórico en grado superlativo, que está muy lejos de merecerlo.

LA ESPADA DEL GENERAL BATLLE

La revolución que en 1870 encabezara el general Timoteo Aparicio contra el Gobierno del general don Lorenzo Batlle, llegó a alcanzar proporciones alarmantes para la estabilidad del Partido Colorado en el poder.

La caída de la Fortaleza del Cerro que se creía inexpugnable, en poder de las fuerzas revolucionarias, produjo en el ánimo de los colorados un efecto desastroso.

Aquella defensa de la época colonial, era además, un símbolo.

Entre la gente de la plaza sitiada se hablaba de traiciones; y esta inseguridad, esta desconfianza, había abatido la moral de los soldados.

El general Batlle, dándose exacta cuenta de la situación creada y con el propósito de neutralizar el efecto del contraste, decidió ponerse al frente de sus tropas y llevar un ataque al pueblo de la Unión, que había caído también en poder de los blancos.

Cuando se daban los últimos toques a los preparativos bélicos en la plaza de armas del 3.º de Guardias Nacionales que mandaba el comandante don Pedro Zás, un sargento veterano de la Nueva Troya, listo ya para la marcha, se mostraba contra su costumbre, entristecido.

— ¡Qué es eso, sargento? ¡Está cansado de guerrear? preguntó el comandante Zás.

— No, mi jefe. Es que pienso que estamos vendidos, — y ésta, — créalo, — es la opinión general.

Y el sargento, viejo compañero del jefe, dió a éste sin pensarlo siquiera, la pauta para entonar el valor y la confianza entre sus soldados.

Vibraron los instrumentos tocando tropa; y durante unos segundos, la plaza de armas del 3.º de Guardias Nacionales se convirtió en un verdadero torbellino de gente que corría a ocupar sus puestos con las armas en la mano.

Firmes ya los soldados, el comandante Zás arengó a la tropa en actitud gallarda y con frases llenas de entusiasmo. Había que ir a La Unión a tomarse la revancha de lo ocurrido en el Cerro.

Y en ese momento, la austera figura del Presidente de la República General don Lorenzo Batlle, quien una vez más, enseñaría a sus huestes, cual era el camino de la Victoria, apareció en el Cuartel.

Listo el batallón, el comandante Zás pasó una ojeada inspectiva por todas las compañías formadas en cuadro.

El capitán A. C. no aparecía al frente de la suya.

— ¡Y ese señor oficial en donde se encuentra? preguntó al ayudante.

— Anda por ahí...

— ¡Por ahí!, — en estos momentos de prueba !!
¡ Es inaudito !

Lo busca entonces el jefe y lo vé como azorado

demostrando, con su actitud, el deseo de quedarse en el cuartel.

— ¡ Qué es eso capitán !; — preguntó en presencia del Presidente de la República, que contemplaba silencioso la desagradable incidencia.

¿ Como es que Ud. no se encuentra al frente de su compañía ?

— Es que no tengo espada, mi comandante.

Ante semejante respuesta, el comandante Zás midió con una mirada llena de desprecio a su interlocutor; y con gesto iracundo, arrancándose la que llevaba prendida a su cinto, la entregó a su subalterno, diciéndole en alta voz para que lo oyera todo el batallón.

— ¡ Tome la mía ! — Yo no necesito espada para atacar al enemigo.

¡ Vaya ahora a ocupar su puesto !!

Y entonces ocurrió algo inesperado.

El general Batlle, tranquilamente, desprendiéndose la suya, dijo también en alta voz al jefe del 3.º

— ¡ Lleve Ud. la mía !

.

Aquella escena inesperada, tocó el alma de los soldados, muchos de los cuales no pudieron ocultar sus lágrimas de alegría al verse mandados por jefes tan caballerescos.

La espada del general Batlle fué en todos los momentos de la vida del coronel Zás, uno de los objetos mas preciados, — algo así como una reliquia; y más de una vez, sus trémulas manos de an-

ciano, acariciaron con amor la empuñadura del arma con la que se había ganado en el campo de batalla, el ascenso a coronel.

¡ SIEMPRE A LA VANGUARDIA !

El Batallón 3.º de Guardias Nacionales, integrado con muchachada selecta de Montevideo, era la unidad mimada; y como las demás organizaciones de esa misma categoría, ocupaba como un honor en los desfiles, puesto de vanguardia.

Alistado el ejército de la plaza para ir a la reconquista del pueblo de la Unión cuando la guerra del primer Aparicio, — marchaba el 3.º para el lugar que se le había asignado en la columna expedicionaria, cuando al pasar por frente a uno de los batallones de línea, — sus rivales, aunque compañeros, — el jefe de aquel gritó al comandante Zás.

— ¡ Vamos a ver si hoy quieren también la vanguardia... !!

Y el jefe el 3.º, que marchaba orgulloso con la espada que momentos antes le diera el Presidente de la República, respondió lleno de entusiasmo.

— ¡ Ya lo creo que lo queremos !!

El comandante Zás gestionó y obtuvo el puesto de honor; y con su batallón, marchó a bandera

desplegada al encuentro del enemigo, al que desalojó a fuerza de la guapeza desplegada por sus muchachos, de las posiciones que ocupaban, — entre ellas, la del colegio, desde donde se les hacía mortífero fuego.

En lo más recio de la pelea, el Presidente de la República que parecía agraciado con el don de la ubicuidad, pues en donde quiera que hubiera peligro allí se le veía acompañado del Ministro de Guerra, se colocó al lado del comandante Zás.

— S. E. y el señor Ministro se encuentran mal aquí; y me permito rogarles que se retiren, — les dijo el jefe del 3.º.

— ¡Porqué razón?, contestó el general Batlle.
— Porque los van a matar quedándose en este lugar.

— Lo mismo que a Ud....

— Yo soy solo un jefe de Cuerpo; y si caigo, hay quién ocupe mi lugar de inmediato.

En cambio V. E, es el Presidente de la República....

Y como tanto el general Batlle como su Ministro se negaran a abandonar el peligroso lugar, el comandante Zás, con el fin de evitar dentro de lo posible que el primer magistrado pudiera ser alcanzado por las balas que silbaban sobre las cabezas del terceto, se colocó con el caballo que montaba ante aquel, con el fin de ampararlo.

El general Batlle que se dió cuenta de la maniobra, ordenó secamente:

— ¡Retírese coronel !!

Pero, como el hasta en ese momento comandante Zás no se diera por aludido, el primer magistrado de la Nación volvió a insistir:

— ¡ Le he ordenado que se retire, coronel !

— ¿ Es a mi a quien se dirige S. E. ?

— Es a Ud. mismo, coronel Zás.

— Esta bien, general.

Y el bravo jefe de 3.º, se mezcló con sus tropas de ataque, que más tarde retornarían victoriosas al cuartel.

Al día siguiente, don Pedro Zás recibía los despachos de coronel.

EPISODIOS DEL COMBATE DE ARBOLITO

En la guerra de 1897 y cuando se desenvolvía la acción de Arbolito durante la cual había de caer para siempre, victima de su desenfrenado arrojo Chiquito Saravia, el bravo jefe de la Compañía Urbana de Melo, capitán Iriondo, recibió de labios del general Muniz la orden de ir a ocupar el frente del ala izquierda del ejército gubernista.

La situación era grave para la suerte de Muniz. — Teniente Resler, dijo a su segundo el capitán Iriondo: al soldado que de vuelta mátelo.

Y Muniz que lo oyó, agregó en tono risueño.

— Y al oficial que de vuelta, que lo maten también, capitán.

Ya iba transcurrida mas de una hora de rudo combate, cuando en el campo gubernista y al lado de su jefe, — un oficial entregaba una carta al general Muniz, diciéndole que era de Chiquito Saravia.

El General Muniz tomó el sobre sin mirarlo y después de estrujarlo con rabia, lo hizo pedazos.

Onofre Xavier — que tal era el nombre del atrevido emisario, tuvo todavía la osadía de agregar.

— Y dice si se entrega...

Muniz que tenía que vengar la muerte de su hijo Segundo, víctima propiciatoria del movimiento de 1896, se estremeció de ira; y cuando menos lo pensó, porque todo fué obra de un instante — Xavier desaparecía del campo colorado como por encanto, antes de ser atravesado por la lanza del caudillo.

Ganada la acción por las fuerzas gubernistas, Muniz, después de reunir a sus escuadrones, se dirigió al comercio de Pippo y Falco, en donde supo que Chiquito Saravia había dictado la carta a su segundo Benito Viramonte, invitándole para que se rindiera.

Escrita la misiva y cuando llegó el momento de trazar la dirección en el sobre, preguntó Viramonte.

— ¡ Le pondremos general ?

A lo que contestó Chiquito.

—No, ¡ que le vas a poner eso ! Ponele Justino

y gracias ! Esa es oveja que tiene poca lana y muy pronto la vamos a esquilár.

Y cuando Muniz, muy gaucho también, oía sonriendo las referencias del comerciante, no pudo menos que exclamar:

— Poca sí; pero con abrojos.

TAJES Y HERRERA

Julio Herrera y Obes, durante los últimos años de su vida, llegó a pasar momentos financieros angustiosos — de miseria casi. El, que fué todo en su país y el áncora de salvación de muchos que más tarde habrían de darle la espalda, llegó a carecer de lo más indispensable para atender a su subsistencia. José A. Tavolara, su fiel amigo de todos los momentos, quién visitaba también frecuentemente al teniente general Máximo Tajés, llegó cierto día a casa de éste, desolado por la situación angustiosa en que se encontraba el ex-mandatario.

— Vengo de lo de Julio Herrera, general, decepcionado de los hombres.

— ¿ Porqué amigo Tavolara ?

— Porque todos son unos ingratos.... !!

— ¡ Y me lo viene a decir a mí... !!

— ¡ Oh, general !! Vd. ha sentido y siente también en carne propia esas ingratitudes ! Vd. que ha sembrado tanto bien....

— ¿ Qué le ocurre a Herrera ? interrumpió Tajés.

— Que hoy le cortan las aguas corrientes por falta de pago; y que carece también de lo mas indispensable para comer....

El General desvió la conversación hacia otro tema; y cuando el Sr. Tavolara se hubo retirado, llamó a su ex-ayudante, el entonces comandante Gamarra — hoy general — ejemplo viviente de una consecuencia única.

— Gamarríña, le dijo. ¿ Me quiere hacer Vd. un servicio ?

Conviene decir que Tajés llamaba cariñosamente a Gamarra, por Gamarríña; y que muy raras — rarísimas veces—ordenaba, pidiendo siempre las cosas como servicio.

— Ordene general.

— Hágame el favor de colocar este billete de quinientos pesos dentro de un sobre, al cual pondrá Vd. la dirección del doctor don Julio Herrera y Obes, tratando de que llegue a su destino sin que nadie sepa, bajo ningún concepto, que he sido yo el autor de ese envío.

Mire que confío en Vd., Gamarríña...

Y el hoy general Gamarra — tan adicto a Tajés, aún en los momentos en que, por razones de una mala política se consideraba delito ser amigo del magnánimo vencedor del Quebracho, al recordar el

gesto de su jefe y al relatármelo, lo realzaba, no solamente por lo que en sí valía para tranquilidad transitoria de Herrera, sino que también porque, como es sabido, el general Tajés no era hombre de gran fortuna.

— Pero, en cambio, le sobraba corazón, terminó diciéndome el simpático y fiel general Gamarra, cuando me refirió esta anécdota, a la vez que dándome una palmada en el hombro, agregaba:

¡ Oh !! Tu lo sabes tan bien como yo !!!

CON HONORES MILITARES

El hoy coronel R. E. era allá por 1894, alferez del regimiento de Artillería de Plaza.

Un buen día le dijo su capitán:

— Alferez, tiene que ir con traje de parada al Hospital de Caridad a hacerce cargo del cadáver del alferez Tal y acompañarlo al Cementerio Central, para rendirle honores militares.

Cuando el alferez E. llegó al depósito de cadáveres de la calle Maciel, se encontró con ocho ataúdes.

— ¿Cuál es el del alferez Tal ? preguntó al encargado.

— Este, respondió el empleado, — después de

alguna vacilación, — señalando el féretro de mejor apariencia.

Los despojos fueron depositados en el modesto carro fúnebre que esperaba; y en pos del vehículo siguió el piquete, cuyos hombres, con las armas afianzadas, marchaban a los sonos de un tambor templado a la sordina.

¡ Plam, Plam, Plam !! ¡ Racataplán !!

Y el pequeño cortejo llegó finalmente a Yaguaron, frente al Cementerio, en donde esperaba una veintena de personas.

Los sepultureros se hicieron cargo del féretro; y ya junto a la tumba que lo guardaría, uno de la comitiva, el hoy comandante V. con cara y gesto de circunstancias, pronunció algunas palabras enaltecendo los méritos del extinto.

Por entonces estaba establecido que, antes de inhumarse los restos, debía quitarse la tapa del ataúd para volcar sobre el pecho del cadáver una cantidad de cal viva, con el fin de precipitar la descomposición.

Y no fué chico el asombro, cuando el cortejo pudo ver que en vez de tratarse del alferez Tal, se había llevado a una vieja vestida con el habito del Carmen.

— ¡ Qué es ésto, alferez ? — preguntó con gesto adusto el orador fúnebre, al hoy coronel E.

— ¡ Y yo que se !! A mi me entregaron « ésto » en el Hospital !!...

—Pues usted debe llevarse el cadáver de ésta señora y traernos el del alferez Tal.

— Yo no llevo ni traigo nada. Doy por terminada mi misión.

Y saliendo a la calle, ordenó a sus soldados.

— ; Flanco derecho ! ; Dré ! Cabeza variación izquierda, paso redoblado. ; Mar !!

Minutos después, el piquete flanqueaba el portón de entrada del viejo cuartel de la Plaza de Artola, dando por rendidos los honores militares de ordenanza

LA DONNA È MOBILE

El general don Melitón Muñoz que no tuvo tiempo de ir a la Escuela porque desde muy niño se inició en la carrera de las armas, fué en todos los momentos, un hombre guapo, bueno y servicial.

La acción de Fray Marcos, fué el epílogo injusto de su larga carrera militar, en la cual dió siempre pruebas de desmedido valor; y sobre su desgraciada actuación en la guerra de 1904, el juicio sereno de la historia dirá si el fué el principal culpable del desastre.

Durante muchos años, don Melitón fué el árbitro de la política del departamento de Canelones; y al

calor de su indiscutida influencia, surgían los candidatos que mas tarde habían de ocupar puestos en el Parlamento Nacional, Jefatura de Policía y otros cargos no menos encumbrados.

Cierta vez que durante el gobierno de Cuestas efectuó una reunión política en su estancia de Santa Rosa, invitó especialmente para que concurrieran a la misma, a los entonces representantes por el departamento canario, — doctor don Francisco Soca, don Santiago Barrabino, don Pedro. C. Escuder y no sabemos si también integraba el grupo el actual secretario del Senado, mi buen amigo Ubaldo Ramón Guerra.....

Recibidos por el general con esa hospitalidad amplia y sencilla que era tan suya, ordenó a uno de sus negros que cebara mate; pero como pasara el tiempo y el sirviente no apareciera, dijo a uno de los numerosos chicos que él asilaba y protegía.

— Che, gurí, andate hasta la cocina y decile a Braulio que se mueva con el mate.

.

Y allá, a las cansadas apareció por el extremo de uno de los corredores, mate en mano — pero caminando con una pachorra de marcha de tortuga, el negro sirviente.

Ante tanta cachaza, Muñoz gritó sacudiendo sentenciosamente la cabeza.

— Pero... !! ¡ Movete negro.... !! ¡ Si parecés la dona inmovil... !!!



RECETA QUE NO MATA

En una sesión que celebraba la Cámara de Senadores, los doctores Ramón P. Díaz y Roberto Berro mantuvieron un fuerte debate dialogado que determinó al último de los nombrados a enviar sus padrinos al senador riverista.

El doctor Berro, en plena sesión, extrajo del bolsillo interior del saco una libreta de recetas para redactar en una de sus hojas la carta poder dirigida a los señores Ismael Cortinas y Guillermo García, retando a duelo al primero.

Y cuando terminada la sesión le fué exhibida la misiva al doctor Díaz, dijo éste al tomarla entre sus manos y al observar el membrete profesional que ostentaba el papel.

— ¡ Esta receta no mata a nadie !!

TIRANDO AL BLANCO

En una quinta de los alrededores de Montevideo se efectuaba un duelo entre los doctores Alfredo García Morales y Pablo Minelli, — actuando como padrinos los señores Veracierto, Ramirez, Gabriel

Terra y Buela, dueño éste último de la propiedad, la cual tenía como cerco, un lienzo de alambrado tejido, circunstancia que dejaba al descubierto de las miradas indiscretas de un numeroso público, todas las ceremonias preliminares al lance.

Como todavía no regía la ley de duelos, la policía se creyó en el deber de evitar el lance, a cuyo efecto, un comisario intentó saltar la vaya, a lo que se opuso revolver en mano el señor Buela, quien dijo al representante de la autoridad que no consentiría la violación de su propiedad, sino se le presentaba la orden de allanamiento expedida por juez competente.

Listos los duelistas y a la señal convenida, dispararon sus pistolas, ante cuya actitud la policía no esperó más. Por distintos puntos saltaron el alambrado los representantes de la autoridad, quienes dieron la orden de prisión a duelistas, padrinos y médicos que intervenían en el lance.

Llevados al Cabildo, se les hizo pasar al despacho del jefe de policía don Virgilio Sampognaro.

— ¡Hola ! les dijo éste, sonriendo, ¿ a que debo el honor de la visita ?

— Nosotros lo ignoramos, señor jefe.

— He reducido a prisión a estos señores — interrumpió el comisario — porque se batían a pistola.

— Es inexacta la afirmación del señor comisario.

— ¡ Cómo inexacta . . . !! ¡ Si los he sorprendido en infraganti delito !!

¡ Y tan se batían, que uno de los duelistas mató a una chiva !!

— Sí; podrá ser cierto eso último porque se estaba tirando al blanco — afirmó el doctor Veracuerdo. Alguna bala perdida, sin duda.....

— ¡ Ah !! ¡ Estaban tirando al blanco ? dijo con sorna Sampognaro — Disculpen entonces la molestia. Pueden retirarse.

Y cuando Veracuerdo estrechaba la mano a Sampognaro, respondiendo a un guiño de inteligencia, agregó.

No le hemos mentado señor jefe — El doctor Minelli tiraba al « blanco »

CONSPIRACION QUE FRACASA

Inopinadamente hizo su aparición cierto día en el Cuartel del batallón que mandaba el coronel Zás, un militar de alta graduación, señalado como de los más cultos de Ejército y con una buena foja de servicios, con el fin de proponer a aquel, la participación en un motín que estallaría para derrocar del poder al general don Lorenzo Batlle.

El emisario, que en gobiernos posteriores habría de alcanzar altas dignidades, entre otras, la de Mi-

nistro de Estado, expuso tras breves rodeos al jefe de la unidad, cual era el verdadero objeto de su visita.

— Soy portador, coronel, — le dijo, — de un documento suscrito por todos los jefes de cuerpos de la guarnición, para derrocar al actual gobierno. Solo se ha dejado para último momento a Vd. y al coronel don Tomás Baliñas, — quien, — agregó — ha dado por anticipado su consentimiento en forma verbal.

Ante la unanimidad de pareceres de los jefes y teniendo en cuenta por otra parte, la absoluta imposibilidad de resistir Vd. solo a la sublevación de todas las tropas, debe abandonar sus escrúpulos de consecuencia hacia Batlle. Aquí tiene Vd. el documento, — terminó diciendo el conspirador.

Y después que el coronel Zás lo hubo leído, devolviéndolo al emisario, le dijo:

— Vea coronel — retírese inmediatamente de este Cuartel en donde el honor no es solamente una palabra, sino que puede ser muy bien, un sacrificio.

Diga a sus mandantes — y ¡ sépalo Vd. también, señor !, — que yo no los delataré porque en mi concepto, tal conducta no importa otra cosa que la manifestación de una inferioridad moral. Y dígalos así mismo, que desde este momento acuartelo a mis soldados, porque estoy dispuesto a resistirme contra Vds.

Momentos después de haber abandonado el cuartel el emisario, salió también de allí, el joven teniente

José María Papini, que había participado en la Guerra del Paraguay y padre de nuestro buen amigo el inspirado poeta Guzmán Papini, a quien debemos buena parte de estas referencias históricas. El teniente Papini, que habría de ser años más tarde yerno del coronel Zás, quien siempre lo distinguió por las bellas prendas morales que adornaban al oficial, llevaba en tal oportunidad la misión de entrevistarse con el coronel Baliñas, a quien se sabía ageno a la intentona motinera, con el fin de prevenirlo de lo que se tramaba.

Baliñas, enterado de las medidas adoptadas por Zás, mandó decir a éste, por el ayudante Papini, que también él se disponía a resistir, a cuyo efecto acuartelaba su batallón.

La decidida actitud de los dos jefes, determinó el fracaso del motín antes de producirse; y ambos militares guardaron secreto de lo ocurrido, por motivos de índole particular que mediaban entre el Presidente de la República general Batlle y el emisario de los conjurados.

Veinte años más tarde y en circunstancias en que el general Batlle vistaba en su quinta del Reducto al coronel Zás, — su amigo de los buenos y de los malos momentos, — conversando de asuntos de la vida nacional, éste, recién entonces lo informó de la intentona que se había tramado contra su gobierno.

¿CUAL DE LOS DOS?

El senador doctor Amargós, que aparte de su ilustración posee una cultura exquisita, se encontraba cierta tarde en antesalas con otros compañeros de Cámara, entre los cuales figuraba también el Presidente doctor Terra, quien se mostraba contrariado por haber dejado olvidado en su casa el micrófono.

— Sírvasse del mío, le dijo el senador por Colonia, brindándoselo.

— No, señor, respondió alzando la voz el doctor Terra, al mismo tiempo que con el cuerpo y con las manos le expresaba muy gentilmente su agradecimiento. ¡ Muchas gracias, doctor !! ¡ Es muy fuerte para mí su aparato . . . !! ¡ Hem . . . !

Y como los de la rueda, rieran, el doctor Amargós dijo entre serio y risueño al colega que tenía a su vera.

— ¡ Pero . . . ! ¡ Ha visto ? ¡ Si es mucho más sordo que yo !!

LA DIVISA DE UN «BRAVO»

En las proximidades del pueblo de Pando pasaba la vida como chacarero, un buen vecino, — hombre corpulento por más señas, — quién, por tener cierto ascendiente sobre el paisanaje del lugar, se había elevado a la categoría de caudillejo.

Estallada la revolución de 1904, el hombre «se presentó al gobierno» con un grupito de voluntarios; y por sus prestigios, lo hicieron capitán a guerra — vale decir: «a dedo».

Pocos días después, se producía el desastre de Fray Marcos en el que le tocó actuar al capitán S., — con cuya inicial empezaba el apellido — si actuar se le puede llamar a la circunstancia de sentir los primeros disparos, — que lo sorprendieron con el caballo desensillado.

El «julepe» no le permitía dar pié en bola, pues con la ofuscación, quería colocar la carona sobre el basto; y sobre éste, las jergas, — pero, un vecino más sereno que él, lo ayudó en los trajines de arreglar el apero.

Y con un sobeo obtenido del cuero de un animal carneado al día anterior, que llevaba arrollado en la diestra a guisa de rebenque, cerró piernas a su caballo rumbo a la querencia querida, en donde estaba su rancho que lo esperaba con un gran montón de afectos.

Pocas horas después y en marcha vertiginosa, llegó al pueblo de Pando, cuyas calles cruzó al galope con su ancha divisa roja que decía: « ¿ Donde están ? »

— ¡ Fulano ! le gritaban, ¿ Qué ocurre ? ¿ Qué hay ?

Y él, sin detener la marcha exclamaba desalentado.

— ¡ Nos han redotao ! ¡ Tuitos los nuestros muertos y heridos !!

— Y los blancos..... ¿ dónde están ?

— ¿ Ande están ? Yo les vengo juyendo.....

— ¿ Y entonces, la divisa no juega nada ?

— ¡ Las divisas son divisas !!!

.

¡ Y el hombre siguió « juyendo..... » !!

¡ Q U E L A M P A R A !

Los jefes que hayan servido como cadetes u oficiales en el viejo Regimiento de Artillería de Plaza, habrán de recordar a aquel célebre soldado Solano Fleitas, indio crudo, « pero de buena letra », que desempeñaba las funciones de escribiente de la segunda batería

Ebrio consuetudinario, fué a dar cierta vez con sus huesos á una sala del Hospital de Caridad, — ya que por entonces no funcionaba todavía el Militar..

Hacía días que Fleitas, ocupante de la cama N.º 8 se encontraba bien y anhelaba salir a la calle, porque sentía, — no nostalgias del alcohol,—sino verdaderas ansias de beberlo a mares.

Pero, había orden terminante de retenerlo allí para ver si era posible « curarlo de la bebida ».

— Es que yo me encuentro perfectamente bien, — imploraba.

— No importa, contestaba el médico de sala, como hay orden superior, no se le puede dar de « alta ».

— ¡ Ah.... !! ¿ Si ? pensó el indio Fleitas. Pues me haré dar de « baja », quieran o no quieran.

Otro enfermo que ocupaba la cama número trece y que se le parecía físicamente, tenía vida para pocas horas más, y—llegada la noche, entró en el período agónico.

Todos dormían en la sala menos Fleitas, quien,—levantándose cautelosamente, se dirigió hacia la cama del moribundo, cargó con éste para transportarlo a la suya y ocupar así, él a su vez, el lugar del que se iba.....

Al otro día se constató con no poca sorpresa que Solano Fleitas, había fallecido inesperadamente, y que, su vecino moribundo, reaccionaba en forma hartamente satisfactoria.

— ¡ Pobrecito !, — diagnosticó el gallego enfermero — ¡ Lo mató la bibida !! ¡ Claro está !! Se la quitaron de jolpe y no pudo ajuntarse . . . !

El Registro del Estado Civil anotó la defunción de Solano Fleitas.

En cambio, el enfermo de la cama N° 13, mejoraba a cartas vistas; y tanto que, tres días después de la noche aquella del cambio de camas, se le dió de « alta »

El « finado » Solano Fleitas, mientras tuvo vintenes en el bolsillo, recorría los boliches de la ciudad, enrabando las monas que se pescaba a cada momento, hasta que, cansado ya de ambular y sin recursos, volvió borracho al cuartel de la Plaza de Artola, en donde, después de haber causado la consiguiente sorpresa con su aparición de ultratumba, explicó el subterfugio de que se había valido para satisfacer sus ansias alcohólicas.

.
Y finado y todo, siguió sirviendo

.
Este soldado se bebía los frascos de lociones, y, en manera muy particular, las del hoy general Ramasso, entonces teniente o capitán, que le dispensaba su benévola protección.

Y tan arraigado era su vicio, que, al limpiar con tiza y aguardiente — una horchata ni más ni menos, — los botones metálicos de la blusa, los dejaba sucios porque se tomaba el menjunje.

Pero Solano Fleitas, borracho y todo, jamás perdó la línea...

Fué siempre un milico de ley.

¡QUE TARDE, DOCTOR....!!

Nuestro gran poeta el doctor Zorrilla de San Martín tiene entre sus muchas virtudes, la de la puntualidad

Cierta tarde que debía presenciar como delegado del Gobierno la quema de viejos billetes bancarios, operación que siempre se efectúa ante la vista del Presidente del Directorio, del expresado delegado y del Gerente del Banco de la República,—el eximio vate se entretuvo más de la cuenta en su hermosa residencia de Punta Carreta, entre el follaje de los ombúes y de otros árboles aborígenes que constituyen su pasión; y cuando quiso acordar, era ya, casi la hora de la cita.

Contrariado porque llegaría con algún retardo al local del Banco y contrariado también por que se pondría una vez siquiera en evidencia su falta de puntualidad, emprendió en un autobús la marcha en dirección al Centro; y cuando descendía a pie por Solís hacia la institución de crédito, con los faldones de su jacket en un constante balanceo impreso por la

brisa y por el andar nervioso de su dueño, quiso la suerte que se cruzara con un empleado del Banco, gran admirador suyo y de aficiones poéticas, quien, impresionado por la belleza de la tarde otoñal y deseando homenajear al vate que, un tanto exitado iba dando fuertes golpes con la contera de su inseparable bastón sobre las lozas de la acera y muy alejado consiguientemente de su musa inspiradora, — le dijo:

— ¡Que tarde, doctor, que tarde !!

— ¡Y a Vd. que le importa si vengo tarde ?, — barbotó el doctor Zorrilla obsesionado con la idea de su retraso, parándose en seco y reiniciando de inmediato su interrumpida marcha, a la vez que, en tono más bajo, agregaba:

¡ Mequetrefe !!

PSICOLOGIA GAUCHA

Melitón Cuello, injustamente complicado en el asesinato de la familia Traversi de Canelones, fué desde muy jovencito, un gaucho peleador. Adolescente todavía, debutó con un duelo criollo; él, a cuchillo y su contrincante a revolver, quedando ambos en el suelo desangrados a consecuencia de las múltiples heridas recibidas.

Cuello peleaba porque si, — por una necesidad atávica, — porque le gustaba jugarse la vida frente a otro gaucho, teniendo por escenario el campo y por público la rueda de testigos, contertulios de la pulpería que lo admiraran. Pero, jamás fué « madrugador » ni « pegador de atrás ». En sus múltiples peleas, cuando le tocó matar, lo hizo siempre frente a frente.

Solo una vez, — le decía durante la enfermedad que lo llevó a la tumba y ya hombre reposado, a su médico el ilustrado y filántropo doctor don Emilio San Juan, — hube de matar a mansalva.

En la guerra del 70, — agregaba — servía como soldado en un escuadrón de la División Canelones, mandado por el capitán don Melitón Muñoz, gauchito también, petizón pero bien plantado, que había llegado a capitán por su indiscutida guapeza, por su vivacidad en el arte de guerrear y porque era una de las mejores lanzas de la época.

Una falta por mi cometida movió a Muñoz a imponerme un castigo que consideré excesivo y que además lesionaba mi dignidad de hombre.

Y juré vengarme, matando al capitán de mi escuadrón.

Se dijo en el campamento que en esa tarde se pasaría revista de armamento; y yo pensé que había llegado la oportunidad de ejercer mi venganza, a cuyo fin y sin que nadie se apercibiera de ello, cargué mi fusil para dispararlo en el momento de la revista.

Aunque de caballería, formamos de a pié, en dos filas, siendo mi ubicación en la primera.

El capitán Muñoz inició la recorrida inspectiva por un extremo de la formación y yo ya estaba preparado para matarlo. De pronto, inopinadamente, sin poderme dar cuenta, lo tuve encima, pero hacia un lado; y mirándome fijamente ordenó en una forma que por lo imprevista y autoritaria me subyugó.

— ¡Che Cuello !! ; Un paso al frente y bajá la vista... !!!

Cuando volví a darme cuenta de mi personalidad, me estaban curando con salmuera unos soldados.

El más tarde general Muñoz que había leído en mis ojos mis intenciones o que, intuitivamente me adivinó, — me desmayó de un sablazo en la cabeza en el instante mismo en que yo salía de la fila levantando disimuladamente el arma, pero dominado ya por el poder sugestivo de aquel hombre guapo y perspicaz.

UN EPISODIO DE TUPAMBAE

En el triste atardecer de la Batalla de Tupambaé, librada en los campos del Departamento de Cerro Largo durante los días 22 y 23 de junio de 1904, avanzaba valientemente disparando sus tiros sobre el enemigo, mientras reconquistaba palmo a palmo el terreno ganado momentaneamente en un avance revolucionario, — cierta guerrilla del Batallón de Infantería N.º. 2.

El caballeresco jefe que mandaba en 1904 la citada unidad coronel don Pedro Quintana, fué tan celoso de los prestigios del batallón, que cuidó siempre que el cuadro de los oficiales fuera de lo más selecto que contara el Ejército Nacional.

Mandaba el pelotón de soldados victoriosos, el teniente 2.º don Vicente Esteban Badell, hoy jefe de alta graduación, quién, al frente de la guerrilla y espada en mano, estimulaba con palabras y con su ejemplo, el arrojo de sus subordinados.

— ¡Adelante muchachos! — gritaba entusiasmado, — y traten de no errar tiro. Apunten bien antes de hacer fuego.

Y así, avanzaba siempre castigada por las balas enemigas, la sección del joven teniente, que se mostraba impertérrito ante el fragor de aquella mortífera acción de guerra.

De pronto, el ojo vigilante del oficial vió que uno de sus soldados en el avance a fondo que iba efectuando la tropa, alternaba sus cometidos militares con la infame piratería terrestre del «carcheo» que ejercitaba indistintamente sobre los cuerpos de los heridos o de los muertos de los no menos bravos adversarios.

Y deteniendo en seco su marcha, gritó a su subordinado.

— ¡Morales !! Un soldado de línea que combate por las instituciones, no puede manchar el honor militar con la vileza de un carcheo !!

Siga en su puesto !!

La guerrilla continuó el avance, muriendo y matando, que para eso estaba allí.

Minutos después, el mismo soldado volvía a detener la marcha junto a un caído para sustraerle, ya una alhaja, o ya una prenda de vestir.

— ¡Soldado Morales ! ¡ volvió a insistir imperiosamente el teniente Badell; le repitió que su deber es pelear y no robar. Esa y no otra es la conducta que debe observar un soldado en el campo de batalla. Muéstrese un hombre de honor y de valor, porque si vuelvo a sorprenderlo «carcheando» le pegaré un tiro.

Y siguió el avance tras el enemigo que iba abandonando sus posiciones, en medio de los vivas que en el ardor de la batalla daban los soldados legales, los que veían que la victoria coronaría sus esfuerzos, mientras que los revolucionarios hacían lo propio,

seguros también de que no había fuerza bastante, capaz de desalojarlos de las posiciones que iban ocupando tras las trincheras naturales que les ofrecían en el retroceso hacia sus primitivas líneas, las abruptuosidades del Tupambaé. Soldado veterano en las luchas fratricidas y acostumbrado sin duda alguna al carcheo, Morales volvió a desoír una vez más las recomendaciones de su oficial, quien, ante la osada reincidencia de aquel, gritó con todas las fuerzas de sus pulmones.

— ¡ Guerrilla ! ¡ Alto !!; a su orden, se detuvieron los soldados.

— ¡ Morales !! dijo en forma que toda la sección pudiera oírlo — Vd. es indigno del uniforme que lleva ; Vd. es un miserable ladrón de cadáveres y de heridos !! Le anuncié que si reincidía lo iba a matar.

Sargento !! ¿ Está cargado su mauser ?

— Sí, mi teniente.

— Entréguemelo.

Y tomando entonces el teniente Badell el mauser que llevó a la cara para hacer mejor puntería, apretó el gatillo, sonó un disparo y el desobediente soldado quedó tendido en tierra con la cabeza atravesada por una bala.

Sin pronunciar una palabra más sobre tan desagradable incidencia, — serenamente, como cuando saliera a pecho descubierto a arrebatar con su vida y su valor las formidables posiciones que ocupaba el enemigo, — perfectamente consciente de

su responsabilidad — el bravo oficial, ejemplo de orden y de disciplina, devolviendo el mauser a su sargento, expresó.

— Sargento. Tome su arma y ocupe su puesto, — agregando con extortorea voz de mando.

¡ Guerrilla !! ¡ Siga el avance !!

II GAUCHES CHANCES !!

Los revolucionarios habían hecho volar en 1904 el puente del « Pintado » para interrumpir así las comunicaciones ferroviarias con el interior del País; y mister Bonner, el activo inspector de tráfico del Ferro Carril Central, fué enviado al lugar, para dirigir las operaciones de trasbordo.

El ejército de Muniz había mandado a Florida un número considerable de heridos y de enfermos, cuyo estado exigía una hospitalización en Montevideo; y en esta oportunidad el Gobierno encargó a Don Juan Furriol, Presidente de la Comisión de Auxilios de Florida, del transporte de aquellos.

Llegados a eso del medio día en carretas y coches los imposibilitados a la margen del Pintado en donde se encontraba acampada la Vanguardia del Ejército de Muniz mandada por Basilisio Saravia, se tocó « carneada »; y los soldados, veteranos en esa

lidia, enlazaron, desgarraron, degollaron, cuerearon y despedazaron las reses, en menos tiempo del que canta un gallo.

Con la misma celeridad se hizo fuego; y minutos después, las juguetonas llamas de los fogones, reclamaban impacientes las presas para asar.

Mister Bonner, aislado allí y sin recursos desde hacía muchísimas horas, estaba poseído por descomunal apetito, haciendo confidente de su estado fisiológico al Sr. Furriol; y como no perdía de vista la operaciones carniceras admirando la destreza gaucha de los soldados, se asombró de que antes de los costillares, pusieran junto a las brasas montones de triperío.

Intrigado por ello, preguntó:

— Dígueme un cose, mister Furriol — ¿ Para que ponen esos tripes al fuegue ?

— Son los chinchulines, mister Bonner.

— ¿ Chinchu qué ?

— ¡ Chinchulines !!

— ¿ Y eso lo comen los miliques ?

— ¡ Ya lo creo que si !!

Y sin poder contener un sacudimiento de asco, arrugando la nariz y haciendo un rictus despectivo con los labios, no pudo menos que exclamar:

— ¡ Puche, gauches chanches, !!

El señor Furriol se sonrió picarescamente pensando para su colete que el hambre, tan buena consejera siempre, haría cambiar de opinión al inglés,

por cuanto los asados exigirían para su cocción, un par de horas.

Momentos después llegó corriendo hacia ellos, un soldado que traía colgando de una varita de laurel, dos buenos pedazos de chinchulines humeantes, que depositó cuidadosamente sobre la verde gramilla de la costa conjuntamente con dos panes criollos.

Naturalmente, don Juan, hombre de gran diente, empezó a dar cuenta de su porción con marcadas exteriorisaciones de satisfacción, exclamando a cada rato.

— ¡ Especiales, mister Bonner, especialísimos !!

Y mister Bonner, impelido por implacable hambre y estimulado también por su amor a este país y a sus costumbres que tanto admira, sacando su cuchillo, porque ya empezaba por la fuerza de las circunstancias a acriollarse, — poniéndose en cucullas para dar cuenta de su parte, preguntó ya convencido:

— Digue Don Cuan; ¿ antonce los chanchulines no son porquerie ?

— ¡ Que han de serlo, mister Bonner ! ¡ Pruébelos y Vd. dirá !!

Y cuando el inglés, luego de haber despachado su parte, se incorporó satisfecho de su nuevo descubrimiento, exclamó relamiéndose.

— ¡ No !; si yo siempre digue que los gauches están parsones inteligentes... !!

MIL CURAS

Alberto A. Suárez, fallecido ya hace algunos años, hijo de don Ramón Suárez el afortunado propietario del Hotel Oriental de Santa Lucía en épocas en que ésta localidad alcanzó su mayor esplendor, se encontraba en carácter de pupilo en el Colegio Pío de Villa Colón.

Inteligente y vivaz, siempre robaba algunos minutos a las clases para dedicarlos al dibujo, que era su pasión.

Cierto día que subrepticamente caricaturaba a uno de los curas del establecimiento, fué sorprendido en infraganti delito por su preceptor.

— ¡Qué es ésto, Suárez ?

— Nada, padre.....

— ¡Cómo nada ?

— Un cura.....

— Pues ahora harás mil curas como éste; y mientras no cumplas la penitencia, no te muevas del asiento que ocupas.

El jovencito Suárez quedó aterrado ante la perspectiva de tener que hacer mil monigotes; — pero, minutos después se le vió sonreír con aire de triunfo.

Transcurrida una hora, se levantó de su asiento llevando a su preceptor un papel sobre el cual ha-

bía dibujado un gran convento con torres y campanas y a cuyo frente se paseaban tres frailes.

— ¡Cumpliste la penitencia ?

— Si señor; aquí está.

— ¡ Hum... !!! ¡ Me parece que has andado demasiado rápido. En fin... veamos....

.
.

Pero aquí, — dijo con sorna el preceptor, luego de haber examinado detenidamente el dibujo, faltan nada menos que novecientos noventa y siete frailes. ¡ En donde están que no los veo.... ?

— Pues claro que no puede verlos.....

— ¡ Cómo así ?

— Porque están orando dentro del convento, afirmó muy suelto de cuerpo el adolescente, — quien — gracias a su ingenio, pudo librarse tan lindamente de la penitencia que se le había impuesto●

EL GENERAL SUAREZ Y SU BARBERO

Pocos días después de la Batalla del Sauce, el general Goyo Suárez se hacía afeitar por su barbero y, naturalmente, el figaro, para no desmerecer a

los congéneres del charlatán gremio, le hablaba a torrentes de la sangrienta acción en la cual le había tocado en suerte a su cliente, vencer a su eterno rival, el general don Timoteo Aparicio.

Suárez, de natural hombre de pocas palabras, taciturno si se quiere, — oía la charla como quien oye llover; pero, el peluquero, con el fin de que el general, llevándole el apunte le dijera algo de su actuación para comentar luego el suceso que se le refiriera, aumentado y corregido entre su clientela y en momento en que, tomando con los dedos de su mano izquierda la nariz del jefe colorado para rasurarle el bigote, esgrimía en alto con su diestra la filosa navaja, se le ocurrió preguntar:

— ¿Y que me dice, general, si los blancos lo tuvieran como lo tengo yo ahora?

El interpelado miró con ojos siniestros al figaro; y asiéndole fuerte e instintivamente la muñeca derecha al mismo tiempo que se incorporaba violentamente, le dijo:

— ¡No me afeito más con Vd. !!

— Pero, general, insinuó timidamente el peluquero. Yo no he querido ofenderlo....

— ¡Basta, basta..... !!!!!

— Está Vd. a medio afeitar.....

— ¡No importa... !! Eso es cuenta mía.....

Y sin querer oír las explicaciones que el imprudente barbero quería darle a montones, el bravo vencedor del Sauce, intransigente como siempre

que se le hablara de blancos, abandonó refunfunando el local.

¡MOZO!! ¡SARAMPION PARA DOS!!

Hacia pocos días que había llegado a Montevideo procedente de Londres para hacerse cargo del puesto de ingeniero residente de la Compañía de Aguas Corrientes, mister Willian Davies, — a quien el gerente de la empresa invitó para que fuera a almorzar con él, a uno de los más lujosos hotéles.

Davies, que no sabía una sola palabra del idioma español, miraba con asombro y hasta con envidia, que su connacional se entendiera tan bién con el mozo, en un castellano que a aquel se le antojaba impecable por lo bién que se le interpretaba para servirlo.

Y dispuesto a aprenderlo dentro del más breve término, empezó a prestar mayor atención a los pedidos que su anfitrión formulaba al mozo, quedándole mejor grabado en su cerebro, el que correspondía al postre,—sambayón;—al cual era y sigue siendo muy afecto el simpático ingeniero. Meses después de este episodio, llegó a Montevideo otro inglés, al cual Miset Davies cumplimentó invitán-

dolo a comer en el mismo hotel en donde él, poco antes admirara a su jefe; y queriendo asombrarlo con sus progresos lingüísticos, dijo en alta voz y en pésimo castellano al mozo, cuando llegó el momento de pedir los postres, sin mirar la lista, para impresionarlo mejor.

— ¡Mozo...!! Sarampión para dos !!

.

A Mister Davies se le habían metido en la cabeza dos palabras que nunca pudo distinguir bien, las primeras que se había aprendido de memoria: una, la del postre, por goloso; y la otra, la de la enfermedad, porque en los días de su arribo a Montevideo, se había desarrollado una intensa epidemia de sarampión, palabra que pronunciaban todos y que a él lo traía muy preocupado, hasta que le dijeron que esa enfermedad solo atacaba a los niños.

Y ESTO..... PAL VICIO, MI CAPITAN

Después de la sangrienta batalla de Masoller, el capitán de las fuerzas legales, don O. B. hoy coronel, se propuso recorrer un rato antes de que cayera el crepúsculo, el campo en donde se había desarrollado la acción, con el propósito de ver si entre los muertos de ambos bandos, encontraba

a alguna persona de su relación; y acompañado por su fiel asistente, — milico completo — inició la triste peregrinación, hasta que de pronto dieron ocn un cadáver bastante bien trajeado y calzado, que en la batalla había caído boca abajo.

— A ver, ché, dalo vuelta...; puede que sea un jefe u oficial revolucionario amigo....

No, no lo conozco, dijo el capitán B. cuando su subalterno hubo cumplido la orden.

— ¡ Se ha fijado — mi capitán — que lindas botas tiene el difunto ?

— Es verdad; y están casi nuevas...

— En cambio, vea mis zapatillas, que de puro desechas, me tienen con la pata en el suelo. ¡ Y yo estoy vivo, mi capitán... !! Si Ud. me permite, se las voy a sacar porque éste no las precisa, — agregó el soldado haciendo la venia a su superior. De todos modos, el finao ya terminó su patriada.....

— Bueno, sacáselas.

Cuando el soldado se hubo posesionado de las botas, reparó también en las bombachas del muerto.

— Es una lástima que esas bombachas, — capitán, — se puedan perder. Las mías están acribilladas de «aujeros» y no me vendrían mal para que hiciera juego con las botas. Si Ud. me lo permite, se las voy a sacar también, porque esta noche vamos a tener una helada machaza y así podré estar mejor abrigado.

— Bueno, sacáselas.

— ¡Y el saco también?

— Bueno, el saco también.

Ya vestido, con saco, bombacha y botas, el milico se sintió hombre feliz; y después de contemplar por breves momentos y como con lástima el cuerpo del desconocido y reparando que sobre el pabellón de la oreja derecha del mismo, quedaba un cigarri-
llo de papel a medio consumir, — se inclinó sobre el muerto para recoger el pucho, y sin pedir venia en este caso, agregó muy suelto de cuerpo.

— Y éste... p'al vicio, mi capitán !!

.
.

FELIPE SEGUNDO

Cuando nuestro compatriota el hoy teniente coronel don Felipe Segundo figuraba como agregado militar de la Legación del Uruguay en España y en circunstancias en que una noche paseaba vestido de paisano por las calles de Madrid, tuvo la mala suerte de ser detenido por una pareja de la guardia civil que lo había confundido con un sujeto que buscaba.

— Soy el agregado militar de la Legación del Uruguay; — protestó.

— Si...; ¡eso es muy fácil decirlo!... Lo veremos en la Oficina de Policía, respondieron los guardias.

— Es que yo no voy con Uds....

— ¡Qué no ha de ir.... !!

— ¡Que no, he dicho !!

— ¡Cómo, que no va usted a ir !! ¡Ya lo creo que sí!

— Es que soy el agregado militar !!

— ¡¡ Ya, ya.... !!

Y como la pareja tratara de tomar por ambos brazos a nuestro distinguido compatriota que había insistido en su calidad de militar diplomático sin ser atendido, gritó fuera de sí — apartando violentamente a sus aprehensores.

— ¡Respétenme que soy Felipe Segundo... !!

— ¡Blasfemo !! — ¡Perjuro!! ¡Conque Felipe II?

— Sí, señores; Felipe Segundo.

— Bueno, bueno, bueno, dijo uno de los guardias. Caso clavado de demencia.... ¡Mira tú que creerse S. M. Felipe II !

Y según se ha asegurado, lo creyeron tan rematadamente loco los de la pareja, que le colocaron las esposas ante el temor de que, creyéndose rey de los de la época de capa y tizona, pudiera cometer una barbaridad.

Y recién en un puesto de seguridad pudo demostrar que no había mentido, pues era, en persona, Felipe Segundo, un Segundo más democrático que el otro, y con todas las letras.

RECLAMANDO MUNICIONES

La División Soriano del Ejército del Sur, era mandada en la Batalla de Tupambaé por el coronel don Gervasio Galarza, hermano de Pablo, — como primer jefe; y por el mayor don José Nicolao, como segundo, — ambos viejos camaradas, — más que eso, hermanos — pues, durante muchos años integraron el cuadro de oficiales del 3.º de Infantería.

En las primeras horas de la noche del 22 de junio de 1904, el general Galarza llamó a su hermano Gervasio, con el fin de ordenarle que colocara en el ala izquierda de la línea y como servicio de avanzada frente al ejército de Saravia, a dos de sus escuadrones, — haciéndolo confidente a la vez, de la situación apremiante en que se encontraban, por la escasez de municiones.

Vuelto a su campamento el hoy general Gervasio Galarza, explicó a su segundo en forma amable, la orden recibida, cerrando así la conversación.

— Los amigos, don José, son para las ocasiones. — El general me ha recomendado que ponga un jefe elegido al frente de esas fuerzas; y yo lo designo a Vd. porque existe la posibilidad de que los blancos nos carguen esta noche por ese lado.

— Muy bien; pero no olvide, coronel,, que no tenemos municiones más que para muy pocos tiros; para los primeros...

— El general prometió mandarme algunos cajones de los pocos que quedan en el parque del ejército terminó diciendo Galarza.

Nicolao, que fué tan noble como valiente en todos los momentos de su vida, y que tuvo desde ese instante el presentimiento de su muerte, distribuyó antes de ir a ocupar su puesto entre oficiales y tropa que más lo precisaran, todo lo que tenía: enseres y ropa; e hizo participe del fatal presagio a su fiel asistente Maciel de Matos a quien dió algunas instrucciones para cuando llegara el caso.

Cuando en plena pelea del segundo día de batalla el bizarro jefe de la División Soriano desplegaba en línea el resto de los escuadrones, a la izquierda de Nicolao, al pasar a caballo próximo a éste que se mantenía firme en su posición, díjole en esa forma afectiva y nada militar en que le halblaba siempre.

— ¡ Buena suerte, don José ;

— ¡ Si, pero no se olvide de las municiones...

Don Gervasio, que no podía decir a voz en grito la situación angustiosa porque se pasaba con respecto a cartuchos para no deprimir el valor y la confianza de los soldados, — contestó.

— ¡ Sea parco, don José... !!

— ¡ Que car... me viene ahora con términos de diccionario !! ¡ Lo que hace falta aquí, son municiones... !!

Y una sonora carcajada del jefe amigo que arrancó el galope de su brioso corcel, fué el épilogo de la incidencia.

Horas después, el « padre de los soldados » mayor Nicolao, caía con el craneo destrozado por una bala; — pero, después de una lucha titánica de la ciencia, se logró salvarle la vida.

Desde entonces y hasta que murió, ya con el grado de coronel, una chapa de plata protegía sus parietales destrozados.

Pasada la guerra y cada vez que ambos camaradas recordaban las penalidades de aquella cruenta campaña, el general Gervasio Galarza decía a su amigo, refiriéndose al episodio del diccionario.

—y la verdad es, amigo don José, — que en esa ocasión casi se me fué a las barbas.....

— Si; también con la palabrita que me salió Vd..

¡SONO IO.....!!

Pietro Schiappacasse, zapatero remendón, era un napolitano muy entusiasta por el partido de sus afecciones y utilizado en los días de elecciones por los directores de clubes para votar con balotas ajenas preferentemente con las que correspondieran a personas cuyos apellidos fueran italianos.

— En todo caso — lo instruían campechanamente, — si te observan, protestala energicamente diciendo que eres ciudadano legal y que si no lo establece la balota, no es tuya la culpa.

— No; an todo caso, dique ca soy cragoyo nomase, derechite vieque, fíglío d'taliano, e todo el mundo boca abaco !!

.
.

Llegó el momento de que, faltando el « gato » criollo para una balota, se echara mano al « nación ».

— Andate a la mesa del 4.º distrito de la 15a. sección y votá allí por Epifanio Pérez. ¿Entendiste bien ? ¡Ah...!! Y no hables nada con nadie;—¡Ya sabés: te llamás Epifanio Pérez.

— ¡ Ca cargose... !! ¡ Avise si sono matorrangue !

Y como todavía no regía el voto secreto, allá marchó el amigo Schiappacasse con una balota más criolla que el mate amargo, extendida a nombre de Epifanio Pérez.

Próximos a la mesa receptora de votos habían unas doce o quince personas, razón por la cual el « gato » Schiappacasse, no obstante su apremio por seguir la « gira de circunvalación, » hubo que esperar su turno despues de hacer entrega de su balota al presidente de la mesa, para que lo llamaran en su debida oportunidad.

Trás breve espera le llegó su turno.

— ¡ Epifanio Pérez !! gritó el presidente.

Y una voz meliflua, con esa entonación de canto característica de los hijos del Vesubio, partió del grupo ciudadano.

— ¡ Sono ío !!

.

¡ PRESBITERO . . . !

No teníamos voto secreto todavía y los « gatos » de ambos pelos andaban en manadas.

Ante una mesa receptora se presentó cierta vez a votar con la balota de un cura, un sujeto no muy bien trajeado y con cara de pocos amigos, entregando el documento que estaba extendido a nombre de Enrique Aguirre. Caso clavado de « gato », fué observado por uno de los de la mesa, quien, leyendo la filiación del inscripto, preguntó:

— ¡ Oriental ?

— Es verdad.

— ¡ De 39 años ?

— Así es.

— ¡ Soltero ?

— Parece

— ¡ Presbítero . . . ?

— ¡ Si señor ; por parte de madre !

.
.

VALOR Y CORAZON

En lo más ardoroso de la pelea de Tupambaé, la sección a cargo del teniente Troncoso había quedado entre dos fuegos: de un lado, un pelotón de su misma unidad, — el 4.º de Cazadores, — y del otro, los revolucionarios.

Apremiado por la difícil situación en que se encontraba, mandó aviso a sus compañeros de lo que ocurría; pero, como las balas que se disparaban por elevación de su propio bando, seguían molestando fundamentalmente la moral de sus hombres, — voló, más que corrió en el caballo que montaba, — hacia donde se hallaban sus incómodos compañeros, para decirles que ocuparan otra posición.

Con el primero que se encontró Troncoso, fué con el cabo Miguel Silva, muy fogueado ya en otros combates, quien, entusiasmado con la pelea, no oía o no quería oír las órdenes que, a gritos le daba el oficial.

Exasperado Troncoso por tal desobediencia y por la pérdida de tiempo que importaba ésta incidencia, sin poderse contener, descabalgó del caballo que montaba espada en mano, para descargar unos cuantos « palos » al clase.

.
Horas después y cuando más intensa era la pelea, el cabo Silva, con el entusiasmo que lo dominaba

cada vez que entraba en fuego, se vió de pronto y sin quererlo, entreverado entre la gente de la sección de Troncoso, lo que no dejó de causarle cierta contrariedad, de la que hizo partícipe a un sargento, agregando que en ese momento peleaba avergonzado por el castigo que se le había inflingido. Y el sargento, a su vez, que conocía la nobleza de sentimientos de Troncoso, hizo confidente a éste, del estado de ánimo del quejoso.

El oficial, reconociendo su falta, mandó hacer alto a la guerrilla y la suspensión del fuego;— y cuando sus hombres, atentos, esperaban una nueva orden, él, — con el valor moral que es patrimonio de los guapos, — quiso reconocer con toda nobleza ante sus subalternos, la falta cometida, y dar al mismo tiempo, expontanea satisfacción al agraviado, gritó conmovido mas que dijo en el estrépito de la pelea:

— ¡Soldados...!! Delante de todos Vds. pido disculpa al cabo Miguel Silva por el injusto castigo que le apliqué. ¡ Déme un abrazo, cabo Silva... !!!

Aquellos dos hombres de rostros curtidos por las inclemencias de los días pasados a la intemperie y de corazones bien templados para la lucha, al confundirse en un apretado abrazo, dejaron escapar de sus ojos, — sin reparos, — lágrimas varoniles y fraternas

.

Y con mayores bríos, volvieron todos en seguida a la pelea, en medio de clamorosos vivas a la patria, al partido colorado y a Troncoso.

SIN DEDICATORIA

Carlos Saravia, hijo de Basilisio, fué el único « que le salió blanco », al decir de los paisanos de la relación de la familia; y tan blanco era el muchacho, que siempre adornó sus hombros en la estancia paterna, con golilla celeste, cuando toda la peonada, lo mismo que los allegados del establecimiento, la llevaban roja.

Al estallar la revolución de 1897, Basilisio dijo a su hijo.

— Bueno, amigo; — hoy los suyos han invadido el país en son de guerra. Ya le he hecho atar en el palenque uno de los mejores caballos de la tropilla; y para los gastos, aquí tiene Vd. este dinerito (alrededor de unos trescientos cincuenta pesos en monedas de oro)

El joven Saravia tras breve meditación, contestó:

— Vea, tata. Yo no puedo pelear contra Vd...

— ¿ Y ?

— Que si Vd. no me obliga a ponerme divisa colorada, lo acompañaré en la patriada.

— Está bien, amigo... Vaya ensillando entonces, porque yo me voy en seguida.

.

Carlos Saravia,— guapo como todos los Saravia, — no quería tirar a los suyos, no obstante exponer su vida en todos los combates y batallas, al lado de su padre. Su actitud, era pues, la de un simple espectador.

Pero, en Aceguá, llegó a ser tan intenso el fuego que se hacía contra el grupo en donde se encontraba Basilisio, que el joven, dirigiéndose a su padre, exclamó risueño.

— ¡ Las balas me están « picoteando » muy de cerca !!

A lo que el padre respondió:

— Entonces tíreles, amigo, que las balas no llevan dedicatoria !!

Y Carlos Saravia empezó a « tirar » como cualquier soldado veterano.

PRESENTIMIENTO QUE SE CUMPLE

Tras una marcha penosa, el Ejército del Sur mandado por el general Galarza, acampó en las inmediaciones de la Laguna del Junco, a escasa distancia de Tupambaé.

Se estaba, pues, en vísperas de la gran batalla.

El teniente Pozzolo del 5º de Infantería y de una proligidad única, invitó a sus camaradas José María Gomeza, Casal, Juan Antonio Vázquez, Eduardo Chaves, Atilio Moreno, José Barú y otros más que escapan a la memoria de nuestro informante, para que concurrieran a un almuerzo que les ofrecía en su carpa

Aquello fué un verdadero banquete. ¡ Con decir que se sirvieron huevos fritos en aceite, — manjar realmente exótico en aquel ambiente en donde no se comía otra cosa que carne asada, — está dicho todo !

Los comensales quedaron deslumbrados ante la superabundancia de la «despensa» del ordenado y precavido camarada. Y durante el « ágape », hablaron de la revolución, de las novias ausentes, de arte, de literatura y hasta no faltó tampoco un precursor de la Síngerman en el arte de declamar.

— ¡ Pero... ésto... a qué se debe ? ¡ Porque tan fenomenal banquete digno de un Nabab de la India ?, — preguntó el más curioso de los invitados.

— Verás, contestó dejando traslucir apenas su nerviosidad el anfitrión, tocado sin duda por fatal presentimiento. Estamos nuevamente sobre el enemigo y mañana o pasado a más tardar, peharemos una vez más.

— ¡ Ah, vamos !! y te anticipas a festejar la victoria de nuestras armas....

— ¡ No, hombre, no ! ¡ Me anticipo a despedirme

de mis camaradas predilectos, porque me tocará caer para siempre....

— ¡ Bah, bah, bah !! ¿ Te has vuelto romántico, ahora ? ¿ Era lo que te faltaba !, — exclamó uno de los compañeros

— Si, si; — tan romántico, que en ésta fiestita de camaradería,— yo, que soy tan ordenado para todas mis cosas, he agotado cuanto quedaba de comer en mis maletas. He hecho una verdadera liquidación! Vean si estaré seguro de lo que me espera !!

.

Al otro día, en efecto, — 22 de Junio de 1904, — se peleó hasta el oscurecer, sin pronunciarse el triunfo en favor de ninguno de los dos ejércitos beligerantes.

Blancos y colorados quedaron frente a frente, — y Pozzolo, de guardia en las fuerzas avanzadas.

— ¡ Ves, loco bravo, como macaneabas ayer ?, le dijeron algunos de los amigos que habían escapado ilesos en la acción.

— Falta todavía el segundo acto de la tragedia, respondió sentenciosamente Pozzolo.

.

A la enrojecida aurora del día 23, — que presagiaba un nuevo derramamiento de sangre fratricida, se reinició la encarnizada pelea; — y a los primeros disparos de la fusilería nacionalista, una bala se encargó de ratificar la profecía del malogrado teniente.

EN LA PULPERIA DE FACIOLO

A eso de las cuatro de la tarde del segundo día de Tupambaé, el mayor don Manuel Dubra que había quedado por la muerte de Caballero, como jefe del 4º de Infantería, convino con el entonces comandante Chiappara, jefe del Regimiento Patria, llevar un ataque a la « Pulpería de Faciolo » en donde se sabía que Aparicio Saravia tenía su cuartel general.

El teniente don Manuel Troncoso, que era quien estaba más cerca de la posición, recibió la orden de atacar con su sección; — y a paso ligero llegó junto a las poblaciones, mientras que Chiappara se aproximaba por la derecha, con parte de su Regimiento.

El dueño del comercio, Faciolo, que observaba desde adentro la maniobra, se asomó a una ventana del negocio dando vivas al partido colorado cuando el pelotón estuvo junto a las poblaciones.

— Buenas tardes señor oficial.

— Buenas tardes. Abra las puertas de su casa.

— Hay ahí un grupo de heridos y el doctor Morelli que los cura.

— Perfectamente. Abra las puertas...

— ¿Serán respetados esos hombres que se han asilado en mi casa ?

— Están completamente garantidos... Vá la palabra de honor del teniente Troncoso.

Y fué en ese preciso momento que apareció junto al umbral de la puerta, la simpática personalidad del abnegado médico Dr. Morelli; — con las mangas de su camisa recogidas y con unas vendas en las manos, — para inquirir de Troncoso.

— Señor oficial; ¿seremos respetados?

— Eso no se pregunta a los oficiales del Ejército Nacional, Dr. Morelli, contestó en forma amable el requerido. Están Vds. completamente garantidos... Pero Vd. es mi prisionero y terminada su misión, tendrá que marchar conmigo al Ejército.

— El caso es que no tengo caballo, contestó sonriendo.

— No importa, doctor. Yo tendré verdadero placer en que Vd. monte en el mio.

Ya se disponia el teniente Troncoso a penetrar a la finca, cuando vió que a un par de cientos de metros del lugar habia un fuerte grupo de revolucionarios echados de barriga y con el caballo de la rienda; — y en previsión de un posible ataque, reunió a toda su gente, apercibiéndose recién entonces de que, en la lucha, habia quedado sin « clases »

Como tenía que dejar a uno de sus soldados con mando sobre los demás, tras brevísima arenga, porque no se podia perder tiempo en ellas — les dijo.

— El soldado Eladio Dieste (actual concejal de Artigas) que tanto se ha distinguido por su valor en los combates anteriores, ha demostrado hoy también, ser el más valiente de todos Vds. Por lo tanto, lo reconocerán desde ahora, como sargento de este destacamento.

— ¡Sargento Dieste!! Ocupe su puesto y permanezca en observación de aquella gente.

Tranquilo ya el teniente Troncoso, penetró al local encontrando en una pieza interior, heridos y en cama, a los señores Dr. Ponce de León, Arocena y Agustín Iglesias; y en un galpón próximo, a quince o veinte revolucionarios más, oficiales subalternos, — entre los cuales figuraba un adolescente de 17 años, abanderado de la División N.º 2 — León Daguerre — muchacho tan simpático como valeroso, que horas más tarde habría de morir de peritonitis.

En seguida llegaron Dubra, Chiappara Enrique Patiño, Leopoldo Artigas y otros oficiales más, todos los cuales, después de haber dispensado atenciones a los heridos, se reintegraron a sus puestos.

Al oscurecer y cuando las fuerzas revolucionarias se iban alejando, se le reiteró a Troncoso la orden de plegarse al grueso del ejército gubernista, ante cuya disposición, los jefes y oficiales prisioneros, pidieron a aquel que no los dejaran solos.

En marcha Troncoso, se encontró con el caballeresco y valiente coronel don Pedro Quintana que mandaba el 2º de Cazadores, a quien hizo saber

el pedido, — jefe que dispuso de inmediato, el envío de una guardia al mando de dos de sus más ilustrados oficiales: los tenientes Natalio Magallanes y Alberto Viñas que, en la ruda jornada habían desempeñado rol importantísimo y de cuya compañía guardan los distinguidos ex-revolucionarios prisioneros, los más gratos recuerdos.

EL INVITADO OBLIGADO

En épocas de convulsiones, tanto en los ejércitos del Gobierno como en los revolucionarios, figuraba un personaje tan pintoresco como indispensable para los fogones en donde se quisieran confeccionar « platos extras ». Y « extra » era cualquier cosa, porque en los campamentos no se comía otro manjar que carne asada y generalmente, hasta sin sal.

Nos referimos al hombre de la lata, soldado al cual, por su conducta y como premio le permitía el jefe de la unidad a que pertenecía, que cargara con el impedimento de una lata de kerosene provista de manija de alambre o de un pedazo de mango de escoba, receptáculo que, en las marchas, colgaba siempre del cinchón del recado.

Acampado el ejército, el propietario de la lata era disputado por los integrantes de varios fogones. Unos lo invitaban para un gran puchero, manjar en verdad extraordinario; — otros, para un guiso de arroz con carne o con pescado de agua dulce; otros para una sopa de fideos; y otros, finalmente, para un tentador arroz con leche, — platos todos ellos que no se podían confeccionar sin el empleo de la improvisada olla y verdaderas novedades en aquel ambiente dejado por la mano de los proveedores.

El personaje de la lata elegía el fogón que le ofreciera el plato de su mayor agrado; — y al « ágape » concurría con su codiciada « batería », sin tener que contribuir como los demás comensales en el escote de gastos, siempre exorbitantes por la escasez de mercaderías.

Y en las marchas, seguía el hombre con su inseparable lata colgada del cinchón, satisfecho y reluciente a fuerza de pasarlo bien y seguro de que, en el nuevo alto de la columna, ya saldrían a recibirlo emisarios obsequiosos y salameros, con el fin de invitarlo para una « opípara comida ».

¡COMO PELIANDO.....!!!

Una de las guerrillas del 5º de Infantería avanzaba por saltos sobre una posición enemiga a las ocho de la mañana del primer día de la batalla de Tupambaé, — al mando del teniente José María Gomeza, que ha pagado en distintas jornadas, su tributo de sangre en luchas fraticidas.

Integraba ese contingente que iba a arrebatar una posición al enemigo, el soldado Juan Cruz Montero, joven de veinte años de edad, animoso siempre y valeroso en el combate. Tras él, a un par de metros, dirigiendo y recorriendo la guerrilla, marchaba Gomeza, quien vió que de pronto Cruz Montero, después de dar un tropezón, quedaba inmóvil con una rodilla en tierra, como si se colocara para hacer mejor puntería, aunque, con la culata del mauser apoyada en el suelo.

La quietud del soldado llamó la atención del oficial, quien, suponiéndolo herido, se le aproximó para desprenderle el correa y sacarle la munición, escasa en trance tan apremiante, — dejando a aquel en la misma actitud.

Cuando a las tres o cuatro de la tarde retornaba Gomeza con los suyos a la primitiva línea de fuego, vió con no poca sorpresa que Cruz Montero continuaba inmovilizado en la actitud hierática que lo había dejado; — y aproximándosele, después de

haberlo llamado por su nombre, — sin resultado, — lo tocó en el hombro sin que aquel hiciera el **más** leve movimiento.

¡ Estaba muerto... !!!

En plena carrera recibió el balazo que lo fulminó, cayendo de hinojos con una rodilla en tierra, sin soltar el mauser.

Este hecho que se había registrado también en guerras anteriores en Europa, tiene la siguiente explicación científica.

Al recibir el balazo en un centro nervioso, muere el sujeto, entrando simultaneamente en rigidez muscular. — Se trata, pues, de un fenómeno análogo al de la muerte por sideración, — vale decir, — por una descarga eléctrica.

Pero, — un viejo soldado de la misma unidad, — « seu » Goyo Machado, muy querido por oficiales y tropa y veterano de muchas guerras, daba su explicación esa misma noche cuando se comentaban las incidencias de la jornada en rueda de fogón, de la siguiente manera:

— ¡ Es que el finaíto era muy toro; y pa morir tenía que quedar ansina... !! ¡ Como peliando... !!!

¡LA GRAN FLAUTA...!!

Aquel día figuraba entre los comensales de la siempre hospitalaria mesa de Julio Herrera, el general X. que había venido de sus pagos para «saludar al Gobierno.»

Como recién se empezaban a conocer los helados en Montevideo, cuando se sirvieron estos como postre, el viejo guerrero, gran comilón, tomó el cuchillo y cortando una rebanada de pan, dió a ésta una buena untada con el helado, que llevó enseguida a la boca —, tarascón que, naturalmente, no pudo deglutir.

Y, apremiado, «largando todo» como si se hubiera quemado, exclamó en alta voz:

— ¡La gran flauta que está fría la manteca !!

EL REBUSQUE DE FRAY MARJOS

Allá, cuando la guerra del 70, el prestigioso caudillo blanco general don Angel Muniz mandaba la vanguardia del ejército de Timoteo Aparicio; y su sobrino, — ya muy nombrado entonces, don Justino Muniz, — la extrema vanguardia.

En tales condiciones, — refería el jefe del Ejército del Sur a nuestro buen amigo don Héctor R. Gómez su secretario en la campaña de 1904, me topé con Muñoz que mandaba un escuadrón de caballería, quien me cargó, me dobló y me puso en fuga.....

.
Aparicio Saravia en su rápida marcha hacia el Sur, para dar el golpe al general don Melitón Muñoz en la acción de Fray Marcos, obligó a Muniz a que se moviera también en la misma dirección; y cuando el Ejército de éste se encontraba a mitad de camino, fué que se recibió un telegrama de Batlle dando cuenta del desastre sufrido.

Abierto el despacho por Gómez que, como lo hemos dicho actuaba de secretario del jefe gubernista, — se apresuró a leérselo al general, quien, enterado y tras breve meditación, no pudo menos que explotar:

— ¡ Hijo de una gran p... !!!! lo que siento es que éste Aparicio se haya rebuscado con el único que me ha corrido !!

CONFUNDIENDO FILAS

Al estallar la revolución de 1904 con el alzamiento de las compañías urbanas de los Departamentos blancos, se incorporó en calidad de ayudante del señor Luis Ponce de León, a la sazón Jefe P. y de Policía del Departamento de San José, el joven Telmo Vera y Cabrera, ginete en un caballo de pura sangre, muy bien trajeado a la usanza campera y con valioso apero de plata y oro.

Producido el choque entre los revolucionarios y la vanguardia de Muniz que mandaba el general don Pedro Callorda en el Paso del Parque, en cuya acción llegó a pelearse «a boca de jarro», — Vera y Cabrera, confundiendo las filas en su misión de ayudante, se aproximó al general Callorda para decirle:

— De orden del coronel Ponce de León

Pero no pudo terminar la frase, porque se dió cuenta recién entonces, de que había caído en manos del enemigo. Y cuando quiso huír, ya era tarde.

Lo descabalgaron los contrarios; y en pocos minutos, su buena indumentaria gaucha, como así también su apero, su poncho y sus armas, pasaron por «carcheo» a poder de unos cuantos soldados. Apenas si le dejaron un «chiripacito» y un saco de escasas dimensiones en estado lastimoso, proporcionados, posiblemente, como canje forzado.

Llevado más tarde el prisionero a presencia del general Muniz, fué preguntado por éste.

— ¿Quién es Vd. ?

Telmo Vera y Cabrera, sobrino del general don Melitón Muñoz y muy amigo del teniente Gomeza, que sirve en este Ejército.

— Que venga el teniente Gomeza, ordenó el general, quien permanecía sentado junto a la entrada de su carpa.

Cuando llegó el requerido, Vera Cabrera lo miró con no poco asombro, que disimuló a los ojos del jefe gubernista.

— Presente, mi general, dijo Gomeza.

— Este hombre dice que lo conoce y que es muy amigo suyo.....

— ¿Cómo te vá, hermano ?, — exclamó alborozado el prisionero, abalanzándose sobre el oficial, al que dió un efusivo y prolongado abrazo al mismo tiempo que le decía al oído y refiriéndose a un hermano del mismo. Soy íntimo de Víctor; ¡Protéjame!

Y Pepe Gomeza, que desde los bancos de colegial fué un gran corazón y que, en realidad, veía por primera vez a aquel hombre, le respondió:

— Bien ; y tú ? ; Has tenido noticias de tu gente ?

— ; De modo que Vd. es amigo de este hombre ? inquirió Muniz.

— Es verdad, mi general, afirmó el teniente.

.

Agregado Vera a la carpa de Gomeza, le previno éste que se había responsabilizado por su seguridad; — y que, si se escapaba, lo dejaría a él en muy mala situación.

— Le doy mi palabra de honor, teniente Gomeza, de que mientras esté Vd. en el Ejército, yo no me separaré de su lado.

Y, en efecto: Vera Cabrera siguió en las filas coloradas, pero sin actuación ninguna, hasta que se produjo la batalla de Tupambaé, en donde fué herido Gomeza. Entonces, el prisionero se hizo cargo del recado, espada y revólver del herido, — y consiguió que se le permitiera venir cuidando a su amigo hasta Montevideo, de donde fugó vestido con un uniforme de capitán de infantería, para incorporarse nuevamente al ejército revolucionario.

Después de la batalla de Masoller, Gomeza recibió un telegrama procedente de Santa Anna, concebido, más o menos, en los siguientes términos:

« He cumplido mi palabra de honor, porque me
« separé de Vd. cuando dejó el Ejército. Estoy con
« los míos y he salido ileso en la batalla. Oportuna-
« mente le devolveré su recado, espada y revólver.

Lo abraza

VERA CABRERA ».

WILLIMAN Y LA ENSEÑANZA

Cuando en 1904 el actual Presidente de la República doctor don Juan Campisteguy abandonaba el Ministerio del Interior, la prensa indicó como candidato para ocupar la cartera vacante, al doctor don Claudio Williman, a la sazón Rector de la Universidad.

Gran amigo el candidato del ilustrado facultativo doctor don José Mainginou, uno de sus discípulos predilectos de « La Universitaria » y preguntado por éste respecto al fundamento de tales diceres, los confirmó aquel, — dando ello lugar a que su interlocutor le dijera.

— Lo felicito, doctor; y mucho deseo que no tenga que arrepentirse de abandonar sus posiciones en momentos de crisis política tan intensa como la que venimos pasando.

— Realmente, — abandono un puesto que desempeño con verdadero cariño, pero lo sacrifico sin mayores pesares, porque se me reclama para coadyuvar a la acción patriótica de Batlle.

Si fracaso — terminó diciendo — volveré a ser maestro de escuela como en aquellos buenos días de « La Universitaria », — ¿recuerda?

Y el tiempo se encargó de decir, que el doctor Williman, por su hombría de bien y por sus prestigios, ascendería años después, a la primera magistratura del País.

¿Y LA PRESIDENCIA... NO JUEGA NADA?

Aquella tarde no había concurrido al Palacio Legislativo ni el Presidente ni ninguno de los vices,— razón por la cual el Secretario de la Cámara de Diputados doctor Veracieto, llegada la hora de la sesión, hizo saber a los legisladores tal circunstancia; y que, consiguientemente, correspondía la elección de un presidente ad-hoc.

Recibida la votación, obtuvo el triunfo el doctor don Juan López Aguerre, hombre que habla pocas veces en Cámara, pero que, cuando lo hace, lo hace bien y con mucho gracejo. Sus exposiciones, claras, concisas y matizadas siempre con interesantes anécdotas, mantienen a sus colegas y al público, pendiente de sus labios.

Y allá se levantó de su butaca el simpático legislador, sin ningún apremio, que es otra de sus características, — para ocupar el alto sitio presidencial.

Abierto el acto, la discusión de un proyecto, degeneró en verdadera olla de grillos, pues el doctor López Aguerre, tranquilo y sonriente primero, se aburrió a poco, al verse privado de la amable vecindad del doctor Juan Andrés Ramírez.

Había transcurrido ya más de media hora; y desbarrado el debate por la falta de dirección, todos se creían con derecho al uso de la palabra.

— ¡ Me permite una interrupción ? decía el doctor Bellini Hernández a otro colega suyo que hablaba en ese momento.

— No señor, no se la permito.

— Es para hacer una aclaración...

— Bueno; siendo así, se la concedo.

Y desde la tribuna alta, surgió hasta en ese momento desconocida autoridad del presidente, a quien todos habían olvidado, — traducida en una voz de bajo profundo.

— Pero, díganme una cosa, señores diputados: ¡ Y la presidencia, entonces, no juega nada ?

Y sonó una sola carcajada como de alto parlante de gran potencia, que lanzaron más de cien bocas a la vez.

« ROBITO » QUE SE MALOGRA

En un atardecer gris y desapacible, el Ejército del Norte mandado por el teniente general don Eduardo Vázquez, hizo un pequeño alto al pasar frente a un almacén de las Costas del Carpintería del Departamento del Durazno; — y, tras el expresado militar, penetraron también al local a efectuar compras, — casi todos ellos emponchados, — el coronel Mancebo, el comandante Carrasco Galeano, los

tenientes Eduardo Chaves, Elbio Monegal, José María Palacios y otros jefes y oficiales que escapan a la memoria de nuestro informante,—como así también un buen número de soldados, en su mayoría asistentes.

Mientras se hacían las compras, el general Vázquez permanecía de pie junto al mostrador como una garantía para que las transacciones se efectuaran dentro del mayor orden.

Entre el grupo de oficiales, faltos casi todos ellos de recursos, se convino en que era indispensable « levantar » una lata de aceite que permitiera la confección de algunos platos « extras »; — pero, como no habían recursos para tal dispendio, uno de aquellos, distinguidísimo y muy apreciado jefe hoy de nuestro Ejército, tomando una de las latas por el arito, la escondió debajo del poncho, asegurada en el índice de su mano izquierda.

¿ Vió el jefe superior la maniobra, o fué una simple recomendación de carácter general que quiso hacer a sus subalternos ?

— ¡ Que nadie salga de aquí sin abonar lo que lleve !, ordenó en alta voz.

Y disimuladamente, protegido por sus compañeros y cómplices y respondiendo más que nada a la voz de la conciencia, aunque la necesidad apremiara,— el neófito y mal aprovechado « scruchante », volvió a colocar sobre el mostrador, la tan codiciada latita de aceite.

EL AUTO DEL DOCTOR ARENA

No sabemos a propósito de que, se sacó a luz en la Cámara de Diputados en una sesión presidida por el doctor Arena, en el viejo Cabildo, el uso y abuso de los autos oficiales.

Alguien dijo entonces, — por vía de chiste, — que los funcionarios que disfrutaban de esa prebenda, solían ser tan egoistas que no invitaban a ningún amigo que encontraran a su paso,—a compartir un asiento.

Arena, — entonces,—mitad presidente y mitad Arena, — con ese aire bonachón tan suyo, al que añadió una migajita de ingenua sinceridad, revolviéndose en su poltrona y enmarañándose aún más con ambas manos su frondosa y leonina cabellera, protestó:

—¡ Ah; eso si que no, señor diputado ! ¡ No, hermano !! De mi, nadie podrá decir eso, porque yo invito a subir en mi auto a cuanto atorrante encuentro en la calle.

En el fragor de las carcajadas, surgió la voz potente del doctor García Morales.

—Gracias por el anticipo. En cuanto a mí, ya sé a que atenerme para no aceptarle en la vida, una invitación.

Y empezaron a sentirse en todos los sectores.

—Ni yo . . .

—Ni yo . . .

—Ni yo, tampoco . . .

CASO DE «DESDOBLAMIENTO»

El doctor Vero especialista en enfermedades del oído, nariz y garganta, atendía cierto día a sus clientes en su domicilio de la Avenida Rondeau entre las de Colonia y Mercedes, cuando al abrir la puerta de su consultorio para que entrara un nuevo cliente, se asombró al ver sentado en la rueda de los que esperaban, nada menos que al Presidente de la República doctor don Claudio Williman, que acudía allí con dos de sus pequeños hijos.

— ¡ Pero doctor !! ¿ Cómo es eso ? ¡ Pase, pase !!

— ¿ Cómo le vá mi amigo doctor Vero ?

— ¿ Porqué se ha sentado ahí ? ¿ Porqué no me mandó decir que me precisaba para haber ido yo a su casa; yo que he sido su discípulo . . . ?

¡ Es imperdonable doctor !!

— Aquí, replicó Williman sonriendo, a la vez que palmeaba el hombro del especialista, — no soy el Presidente de la República, sino un simple cliente del doctor Vero, obligado consiguientemente como los demás, a esperar a que me llegue el turno para consultarlo con respecto a mis hijos.

UN CONSEJO DEL CORONEL SAURA

En una de las tantas guerras, fuerzas gubernistas perseguían tenazmente a una partida blanca que mandaba aquel hombre noble y valeroso que se llamó José Saura y que fué prestigioso jefe del Departamento de Canelones en donde era respetado y querido por todo el mundo.

Apremiados por la persecución de que eran objeto y a todo el correr de los caballos que montaban,— trataba el caudillo y los suyos de dilatar la distancia que los separaba de la fuerza adversa,— cuando de pronto, uno de los del grupo, joven que recién se iniciaba en las pellejerías guerreras, propuso:

— Vamos a hacer un « altito » coronel, porque la cincha de mi recado viene floja. Esa gente nos dá tiempo todavía....

— Aguántese, amigo, hasta que lleguemos al « paso », que ya está cerca.

.

En la tranquilidad del campamento y al calor del fogón, el bondadoso guerrero explicaba campechanamente al novicio soldado:

— En casos así, — amigo, — con el perseguidor a la vista, aunque le den tiempo para arreglar la cincha, no se pare nunca en campo abierto, porque los contrarios lo cargan con furia. Y para las balas no hay trecho largo.....

¡ Es preferible, hasta dejar perder las pilchas . . . !!!

En cambio, haciéndolo en el « **paso** » de un río o arroyo, siempre encajonado y con monte, los contrarios sofrenan desde lejos y se van acercando con cautela, porque temen a una emboscada. Esos parajes son aliados del que huye

Y, mientras tanto, le dan tiempo los contrarios no solamente para arreglar la cincha, sino que también para hacérseles perdiz.

Y nunca olvide tampoco, compañero, que sabe más el Diablo por viejo, que por Diablo

DURANTE EL ARMISTICIO DE ACEGUÁ

En plena guerra de 1897, Aparicio y Basilisio Saravia que como es sabido actuaban en ejércitos opuestos, se cambiaron varias cartas en las cuales abundaban recriminaciones recíprocas.

Al acordarse el armisticio de Aceguá, lugar próximo a la frontera con el Brasil, el generalismo revolucionario cruzó la línea; — y más tarde hizo lo mismo Basilisio, a quien se le dijo que su hermano se encontraba en un comercio de las inmediaciones.

Basilisio, escribió entonces a Aparicio, expresándole sus deseos de cambiar algunas palabras con él, como hermano.

Y Aparicio no se hizo esperar; — inmediatamente de recibir la invitación, montó en su caballo y se dirigió al lugar en donde lo esperaba el jefe de la vanguardia del general Muniz.

Un abrazo largo y efusivo, fué el saludo de aquellos dos hombres que, por cuestiones políticas, no se veían desde hacía años, quienes, después de haber cambiado algunas frases afectivas, pasaron a ocuparse del estado anormal del país; — Basilisio sentado sobre el suelo y Aparicio, echado de barriga apoyado en los codos y arrancando pastitos.

Los ayudantes de ambos, permanecían a prudencial distancia.

— Lo que yo tengo que reprocharle, amigo, — dijo el jefe de la revolución, es que Vd. esté bajo las órdenes de un traidor como Muniz.

Y Basilisio, haciéndose el que no oía el reproche, añadió risuño:

— Mire amigo. Lo que yo le puedo decir, es que el general Muniz lo esperó hace poco con solo 800 hombres, cuando Vd. tiene como unos 4,000 y no le ha aceptado el convite. Y vea; — ahora sere-mos unos mil trescientos hombres....

¿ Porqué no salen a campo limpio a pelearnos ?

Aparicio, mortificado en el primer momento por la puya, pero rehaciéndose enseguida, replicó en forma sentenciosa.

— Es que Vds. tienen gente a bocha para mudar y yo no la tengo !

Luego, y al hablarse del armisticio, Aparicio dijo que él no quería entrar en « combinaciones » con los de « marca borrada », refiriéndose a los blancos que peleaban en las filas de Muniz.

Momentos después, aquellos dos hermanos, guapos y nobles los dos, se separaron en la misma forma afectiva que se habían saludado.

Pero no volvieron a verse más en la Vida.

DANDO UNA MANITO

Se efectuaban los exámenes anuales en la Escuela Militar; y una de las mesas — la de física — era presidida por el doctor don Claudio Williman, antes de ser Presidente de la República.

El P. E. — como es de práctica hacerlo, — había designado como delegado para que lo representara en la emergencia, al general X., formado en las filas, guerreando en todas las contiendas armadas que se habían producido en el país desde que abrazara la carrera de las armas.

Tal designación no importaba otra cosa, que llenar un requisito; y demostraba al general que no entendía más que de guerras criollas, que el gobierno siempre lo tenía en buen acuerdo.

Se examinaba, pués, a un joven cadete — efectuándose experimentos con la máquina neumática, a la que se extraía el aire.

Primeramente, se apagó la luz de una vela; y más tarde, se hizo desvanecer a un pajarito. El general presenciaba absorto los experimentos.

— Vamos a ver, preguntó el doctor Williman al examinando. ¿Para que sirve esta máquina neumática ?

—
— ¡ Cómo ! ¿ Pero no sabe Vd. para que sirve este aparato ?

Y el muchacho volvió a dar la callada por respuesta.

Condolido el viejo guerrero de la suerte que esperaba al pobre cadete; — y amigo como era en realidad, de dar una manito a un semejante en caso de apuro, aproximándose cuanto le fué posible al examinando, le dijo todo lo mas disimuladamente que pudo:

— ¡ Pero , cadete !! ¿ No está viendo que es una trampa para matar pajaritos ?

PEDIDO DE FRENOS

Desempeñaba las funciones de Jefe P. y de Policía del Departamento de Flores, el ilustrado doctor Don Remigio Castellanos.

Cierto día, el oficial 1.º, al llevarle el despacho para la firma, dejó sin decretar la nota de un comisario rural, en la cual solicitaba, entre otras cosas, la remisión de « seis frenos para los guardias civiles ».

A lo que decretó el jefe:

« Hágase la remisión de los seis frenos para los guardias civiles y de otro mulero para el comisario ».

CLEMENCEAU EN EL ASILO DE HUÉRFANOS

Años después de haberse librado en Francia aquella lucha anti-religiosa de la cual Rousseau fué el alma mater y quién, al llegar el momento de la ejecución de los planes que le dieran el triunfo de sus ideas, abandonara la presidencia del Consejo de Ministros dejando en su lugar a Combes — visitó Montevideo el gran batallador francés don Jorge Clemenceau.

Agasajado como se merecía tan ilustre huésped — fué invitado para visitar entre otras dependencias del Estado, algunos establecimientos de la Asistencia Pública; y llevado al Asilo de Huérfanos por el entonces Presidente del Consejo de aquella institución, doctor don José Scoseria, hízole notar éste, que aquí, en lucha contra la religión católica,

se habían quitado de todas las salas de hospitales y asilos, los símbolos de la cruz.

Se dice que aquel terrible libre pensador que años más tarde, al estallar la guerra mundial, sería admirado por el mundo entero y bautizado por sus garras morales con el apodo de « El Tigre », respondió en tal ocasión:

— ¡ Laissez que les enfants continuent à songer !!
Lo que traducido al español quiere decir:
¡ Dejad que los niños continuen soñando !

LA SUERTE DE UN MENSAJE

Cuando el Presidente Santos quiso hacer construir a tambor batiente el Puerto de Montevideo, encontró la decidida oposición del Senado, que consideró la operación, como un verdadero desastre para el País; — y entendiéndolo así aquel Alto Cuerpo, votó negativamente el proyecto.

El general Santos, poco acostumbrado, — no digámos a que se le rechazaran sus proyectos, — sino que ni se le discutieran sus órdenes, — montó en cólera al tener conocimiento de la decisión del Senado; — y, expeditivo como era para todas sus cosas, pasó a la Cámara Alta un nuevo mensaje, poniéndola de overo y azul.

El señor Aguilar y Leal que desempeñaba las funciones de Secretario del Senado, sorprendido por la agresividad de los términos empleados por el P. E. resolvió, — con el fin de evitar conflictos mayores, — consultar privadamente el punto, con su Presidente que por entonces lo era el bondadoso general don Luis Edo. Pérez.

— Si damos cuenta en sesión pública de este mensaje, podrá armarse un conflicto de tal magnitud, que traería muy malas consecuencias para el país, — dijo a su Secretario don Luis Eduardo.

— Y entendiéndolo así, es que he reservado el documento para consultarlo a Ud. privadamente. Aquí, en el Senado, nadie más que nosotros dos estamos enterados de esta desagradable incidencia.

— ¿Se anima Ud. a ir a hablar con el general Santos en mi nombre?

— Si Ud. lo dispone

— Perfectamente; vaya Ud. y entréguele el mensaje, rogándole en mi nombre, que le dé una nueva lectura; — y que, después que lo haya hecho, si cree que debe pasarlo al Senado, lo haga así.

Y allá marchó el señor Aguilar y Leal a conferenciar con Santos, — quien, tranquilo ya, e impuesto de la misión del Secretario del Senado, después que hubo leído el mensaje, lo hizo trizas diciendo al emisario.

— Tenga la bondad de expresar al Sr. Presidente, que tiene razón. Este documento no puede ser aceptado por el Senado.

I N D I C E

¡ Había sido aguantador el Rubio! 3	¡ Mozo! ¡ Sarampión para dos! 70
Gervasio Burgaño.... 6	Y esto... ¡pal vicio mi capitán 71
Condecoraciones honro- sas 9	Felipe Segundo 73
¡ No me mates, « Men- sura »! 12	Reclamando municiones 75
Divisas 17	¡ Sono io! 77
Un apuro codiciado .. 21	¡ Presbítero....! 79
Suárez y Aparicio 25	Valor y Corazón..... 80
¡ Mulato yo.....! ¡ Ay juna!! 27	Sin dedicatoria 82
Las levas 29	Presentimiento que se cumple 83
Ritorniamo Vincitori . 32	En la pulpería de Fa- ciolo..... 86
La espada del general Batlle 34	El invitado obligado . 89
¡ Siempre a la vanguar- dia! 37	¡ Como peliando....! . 91
Episodios del combate de Arbolito 39	¡ La gran flauta! 93
Tajes y Herrera 41	El rebusque de Fray Marcos 93
Con honores militares. 43	Confundiendo filas ... 95
La donna e mobile ... 45	Williman y la enseñanza 98
Receta que no mata . 47	¡ Y la presidencia... No juega nada? 99
Tirando al blanco ... 47	« Robito » que se malo- logra 100
Conspiración que fracasa 49	El auto de Arena 102
¡Cuál de los dos?... 52	Caso de « desdoblami- to » 103
La divisa de un «bravo» 53	Un consejo del coronel Saura..... 104
¡ Que lámpara! 54	Durante el armisticio de Acegúá 105
¡ Que tarde, doctor...! 57	Dando una manito .. 107
Psicología gaucha 58	Pedido de frenos 108
Un episodio de Tupam- baó..... 61	Clemenceau en el Asi- lo de Huérfanos ... 109
¡ Gauches chanches...! 64	La suerte de un mensaje 110
Mil curas 67	
El general Suárez y su barbero 68	